

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Enero 1960

★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ✧ Precio 0'70 NF - N° 772-73

El poder de la imaginación o la manquedad de Don Ramón

Nacimiento de una vocación

Don Ramón del Valle Inclán, dice:

—Cuando se me planteó el problema de tener que escoger una manera de vivir pensé en seguida: Tengo que buscar una profesión en la cual no tenga más jefe ni patrón que yo mismo. Pensaba en ser militar, y se me aparecían los generales déspotas, dándome órdenes estúpidas. Pensaba en ser cura y en seguida surgía la supe-
ditación al Papa y a los obispos. Si alguna vez pensé en ser funcionario, la idea del director me preocupaba...

—Sin jefe sólo existe la profesión de escritor. Por ello la escogí.

Perspectiva

También solía decir:

—Yo quisiera ver este mundo en la perspectiva de la otra ribera. Soy como aquel mi pariente que al preguntarle el cacique qué deseaba ser, qué empleo quería, le contestó:

—Yo, difunto.

El periodismo

Cuando don Ramón pasaba mil penurias, diversas veces le indicaron el periodismo como medio de salir del atasco económico en que se hallaba. Invariablemente solía replicar:

—El periodismo avillana el espíritu y empequeñece todo ideal estético. Yo me debo a mi obra.

Y seguía impetérroto luchando a brazo partido con el hambre.

Rectificación

Cierto día don Ramón llama «pedazo de bruto» a un contertulio literatoide.

—¡Retire usted estas palabras!

—exclamó el ofendido.

Don Ramón, al quite,

—Retiro lo de pedazo.

Argumento dudoso

En la peña cafeteril en la que asiste don Ramón como oficiante mayor alguien hace el elogio de cierto crítico musical, quien, como argumento definitivo, sentencia:

—En una palabra... El mismo es un excelente músico, y con ello todo queda dicho.

Valle se queda mirándolo y replica:

—Antes tendría usted que demostrarloz que loz lagartoz, zolo por zerlo, entienden mucho de hizztoria natural.

Los intelectuales

A los postres de un banquete,

¡QUE tipo éste! Constructor de un mundo literario lleno de encanto y seducción, pintoresco y arbitrario, fantástico espeluznante, bello y encantador. En las letras españolas es único, personal, sin antecedentes, precedentes ni sucesión posible. Ningún género literario le fué vedado. Novela, poesía, teatro, creador del «esperpento»... No obstante, lo mejor de su ingenio, con ser mucho lo que dejó a través de sus obras, fué sin duda su parte anecdótica, sus charlas de café.

Sus puntadas, dichos y comentarios incisivos, revelan la plenitud de su personalidad insobornable, de su espíritu lúcido, irónico, agresivo... He aquí algunas muestras:



DON RAMON DEL VALLE INCLAN

don Ramón se levanta, y entre otras hace la siguiente afirmación:

—El ideal de los intelectuales españoles debe ser el del gitano, que anda siempre fuera de la ley y perseguido por la guardia civil.

Los comensales ríen y aplauden. Luego, al terminar el comicio, don Ramón advierte a quienes le rodean:

—No he pretendido hacer un chiste al hablar de nuestro ideal agitanado. He querido predicar una moral. Advirtiéndome que sólo se salvarán los que se muestren rebeldes, anárquicos, inconformes.

Cómo perdió el brazo Don Ramón

Uno de los aspectos más interesantes de su personalidad es el cúmulo de fantasía y de imaginación que derrochó en torno a un suceso desgraciado, a la pérdida de su brazo, que la trocó en una verdadera fuente de comentarios y sucesos de los cuales vamos a entresacar un pequeño muestrario. De las «Memorias de Diego Rivera» es lo que sigue:

Una de aquellas tardes en que la charla maravillosa salía de la boca de don Ramón, contando su vida, llegó a la pérdida de su brazo:

Fantasia

«Pues sucedió que el propietario de un gran plantío de henequén tuvo que mandarme la «raya» de sus peones. Y era el caso que había por entonces, en Yucatán, un célebre bandido al que llamaban «Pancho el tuerto» con el que nadie se atrevía. Don Olegario Molina, dueño de la hacienda, me envió a su secretario particular pidiéndome que diera escolta a la conducta que llevaba ciento veinte mil pesos.

«El trance era duro. Yo tenía desperdigados los doscientos hombres en diferentes grupos de guarniciones. En Mérida apenas si quedaban unos cuantos hombres conmi-

El poder de la imaginación o la manquedad de Don Ramón

go. ¿Qué haría yo con ellos? Pancho traía una fuerte gavilla de hombres y por mucho que valiese un jinete de la montada no podía valer más que un hombre de Pancho que había hecho polvo todo cuanto se le ponía delante en Yucatán, Campeche y Tabasco. Me dije el combate entre nuestros hombres será inútil, y por bien que trabajen los míos, siendo menos que los de Pancho, conseguiremos, cuando mucho, quedarnos solos, y sin gentes, él y yo...

«Entonces, ni corto ni perezoso, mandé un recado a «Pancho, el tuerto» con un pliego que decía:

«Amigo Pancho:

«Saldré de Mérida para la hacienda de Tikub llevando los ciento veinte mil pesos. Conociendo su fama no llevaré conmigo sino las mulas que traigan las talegas de pesos y dos arrieros desarmados.

«Espero que dará usted órdenes para que nos dejen pasar hasta que nos encontremos solos —usted y yo— a una legua de distancia de la hacienda. Si queda usted con vida, cuya será la cantidad que llevo en custodia; si quedo yo, la raya llegará a su destino. Usted dará las instrucciones respectivas a su gente. Yo he dado ya las mías a mis hombres. Nadie más intervendrá en este negocio. Como se bien a quien me dirijo, un día después de mi propio saldré hacia allá.

«Hasta que tenga el gusto de verlo, próximamente, lo saludará.

Ramón M. del Valle Inclán.»

Y todo salió como yo lo había previsto. No sé cómo, pero se enteró toda la población del desafío y nadie quiso estorbarme, ni mis montados a mí, ni sus hombres a Pancho. Hicimos el camino solos, los arrieros y yo... Exactamente, a una legua de la hacienda, estaba un jinete en medio del camino. Cuando lo apercibí, de lejos, dije a mis arrieros:

«Muchachos, esperad aquí. Si yo puedo haceros seña me seguiréis con las bestias, si no, sabed que aquel jinete será vuestro amo en mi lugar. Tratadle tan bien como a mí y sedle tan leales como lo habéis sido conmigo...»

Me adelanté. Acercándome dije: «¿Tengo el gusto de hablar con el propio Pancho?»

—A sus órdenes... —me respondió—. Sé que hablo a don Ramón María del Valle Inclán... ¿no es así?»

Supimos, desde el primer momento, que todo estaba como habíamos convenido: nadie intervenía.

—¿Quiere usted que comencemos?

—Quiero... —me contestó ásperamente.

Sacamos los sables... Los caballos se encabritaron. Mucho polvo. Entre él y yo nubes de polvo y hojas secas. Bajo aquel sol de Yucatán brillaron los aceros. Se oía un batir de láminas tensas y resistentes que a veces sacaban chispas... Finalmente pude echar pie a

tierra para cortar la cabeza de «Pancho, el tuerto» y llevarla conmigo, pues de lo contrario nadie hubiese creído mi hazaña si sus ojos no hubieran reconocido el rostro de mi adversario. Además, había una prima de cincuenta mil pesos por la cabeza de «Pancho, el tuerto», y muy hermosas mozas en Yucatán... Cuando quise montar de nuevo, después de haber recogido la cabeza del gavillero que había quedado con un ojo abierto y otro cerrado, noté que mi brazo no me obedecía. Cuando quise sujetar la brida de mi caballo, vi que mi mano pendía de unos tendones y pingajos de tela y pellejos...

Me incliné, con mi pie izquierdo pisé los dedos de mi mano, me enderecé y acabé de picar... ¡el resto colgante quedó allí, cerca de un maguey, para pasto de los zopilotes!

Sigue diciendo Diego Rivera:

Acerca del mismo tema daba versiones muy diferentes. Una noche llegaron a la tertulia del «Café Levante». Allí estaban con don Ramón, los hermanos Baroja, Solana, Romero de Torres, Anselmo Miguel Nieto, Arteta, Angel Zárraga...

La autofagia

Unos chilenos y argentinos que en una expedición para establecer límites y hacer investigaciones etnográficas y geográficas se habían perdido en la Tierra del Fuego, y agotadas las provisiones, aquellos naufragos de tierra, hicieron lo mismo que los de mar: tiraron a suerte y para no morir de hambre comieron carne de los infortunados compañeros de expedición... Contaba la tremenda aventura un joven ingeniero, hombre de letras, serio y modesto, y las inflexiones de su voz y las expresiones de su rostro daban la sensación de que revivía la tragedia descrita.

Toda la atención de la tertulia estaba concentrada en él que tenía un evidente poder para emocionar a sus oyentes. Valle Inclán, conforme crecía la atención que prestaban sus amigos al recién llegado, se sentía de más en más impaciente. Interrumpió las últimas palabras con un ¡bah!... despreciativo. Casi no dejó concluir la historia y en cuanto el narrador calló, empezó don Ramón a decir:

—Comer carne humana... ¡Ya!... Pues yo me encontraba una mañana en cama, en mi casa de Galicia, y como sintiera apetito, llamé a mi mayordomo para preguntarle que había para comer...

—Pues señor, nada hay...

—Pero, desgraciado —repuse— ¿qué hiciste de todo el trigo que guardaban mis arcones?...

—Se lo comieron las ratas, señorito...

—¿Y qué pasó con los frutos de mis hortalizas?

—Los unos los heló la escarcha; los otros acabaron con ellos los gusanos...

—Vive Dios!... ¿Y qué se hicieron

mis ovejas, mis cabras, mis vacas y mis bueyes?

—Tiempo ha señorito, que acabaron con ellos los lobos, los ladrones y las plagas con que nos ha castigado el Señor...

—Vaya, hombre, ¿de modo que no hay nada que comer!...

—Nada hay señorito.

—Bien, tráeme mi navaja de afeitar... Obedeció. Trajo la navaja, la tomé. De unos tajos cercené mi brazo y dije al mayordomo:

—¡Toma hijo, ponlo en el puchero... así tendremos algo que comer en el día de hoy!...

De modo que ya usted ve, señor expedicionario, si usted ha sido antropófago, yo he sido autófago... ¡De modo que al lado mío es usted un niño de teta!»

Cómo perdió el brazo

Según refiere Gómez de la Serna, la causa ocasional fué una disputa que tuvo el caricaturista portugués Leal de Cámara y López del Castillo, y que acabó con el planteamiento de un lance personal.

En el café de la Montaña, que es donde se reunían, Valle Inclán, Benavente, Manuel Bueno, Fernández Bahamonde, Palomero, Ricardo Baroja y otros, se puso a discusión el caso del duelo pendiente.

—Es inútil que traten ustedes de eso —dijo Manuel Bueno—. No puede verificarse el duelo porque Leal de Cámara no tiene edad para batirse.

—No sea majadero. Usted nada sabe de eso —replicó Valle Inclán.

Manuel Bueno, al oírse insultado así, dió un paso atrás y levantó al aire un bastón que llevaba con ánima de acero.

Valle agarró una botella de agua por el cuello y al hacer un movi-

miento brusco y mojar a todos los contentulios, dió lugar a que Manuel descargara el bastonazo, pero con tan mala fortuna que le incrustó en la carne el gemelo del puño.

De momento la cosa quedó arreglada, pero al día siguiente la pequeña herida se gangrenaba y el médico dijo a Benavente y a Ruiz Castillo, que no había más remedio que cortar el brazo.

Se consultó el caso con don Ramón y éste dijo que se le amputase sin anestesia e incluso circuló el rumor de que se cortó la barba para presenciar mejor la operación que se le iba hacer.

En el curso de la misma, don Ramón se desmayó, y al volver en sí, ya vendado y sin brazo, dijo a Jacinto Benavente:

—¿Cómo me duele este brazo!

Y el autor de «Los intereses creados» le contestó:

—Ese ya no, Ramón.

«Que no fué en Lepanto!

Ya incorporado a su vida normal con la consagración de su manquedad, no le parecía desagradable su parecido con don Miguel de Cervantes Saavedra, que como se sabe quedó manco de un tiro de arcabuz en la batalla de Lepanto, quedándole sólo una extraña gafedad en la mano. Cierta noche que se vanagloriaba en demasía de la causa de su manquedad en una de las mil fantásticas aventuras que narraba de continuo, el autor de «La Malquerida», con el fin de abajarle los humos de su presunción, le espetó

—¿Que no fué en Lepanto, Ramón!

Por la recolección de anécdotas, comentarios, ordenación y algún que otro apunte firma

JOSE VIADIU

ALFONSO REYES

El día 28 de diciembre de 1959 falleció este hombre exponente de la máxima cultura humana. Fué uno de los ejemplares únicos de la raza que pueden asimilar lo moral y lógico de todas las civilizaciones. Su vasto saber se proyectó más allá de Méjico, su tierra de nacimiento, sin dejar partícula del tesoro espiritual y libertario del país sin el merecido relieve. Sus estancias en Madrid y París y otras ciudades de varios continentes durante sus embajadas diplomáticas, le proporcionaron solidez cultural y la comprensión de todo lo humano que tanto lo distinguía.

Cultivó todos los géneros literarios con seguridad, soltura y talento. Los temas más áridos conseguía aligerarlos, y a veces poetizarlos. Gran escritor, era asimismo excelente orador y conversador exquisito. Cuantos disfrutaban de su trato lamentarían doblemente la pérdida del sabio y del amigo dilecto. Era, pues, Alfonso Reyes, un verdadero carácter aristocrático.

Escribió infinidad de ensayos críticos, novelas, poemas; efectuó traducciones enriquecedoras, con lo anterior, del idioma castellano. Las culturas maya, azteca, incaica, etc., para él no tenían secretos. El libro que más se le destaca en muerte es una recopilación de escritos titulada «Simpatías y diferencias».

El Suplemento Literario de «SOLI» tendrá ocasión de ocuparse más detenidamente de Alfonso Reyes y su obra.

Virgilio Botella y el ciclo novelístico de la guerra civil española

LA guerra de la Dignidad Española será a los tiempos modernos lo que la de Troya fué a los clásicos: el tema de inspiración más fecundo y permanente de una era literaria.

La novela como síntesis de la poesía y de la historia

Otras guerras hubo en la antigüedad más importantes que la de Troya por el número y poder de los ejércitos rivales y por la magnitud de las ruinas; ninguna tan rica en elementos de inspiración para el arte y la literatura. Ya Tucídides, al historiar la mucho más importante guerra del Peloponeso en que naufragó la civilización griega, había realizado que Homero, el poeta, por serlo, engrandeció aquella empresa «que todavía nos parece asaz menguada en comparación de las de ahora». Lo que dió a la guerra de Troya su grandiosidad arquetípica sobre todas las que fueron antes y después de ella en el mundo antiguo, fué la intensidad humana de la tragedia, con la muerte de Patroclo, la cólera de Aquiles, la lealtad cívica de Héctor, la fidelidad conyugal de la infeliz Andrómaca, la astucia de Ulises, la belleza de Helena, el dolor de Priamo, el siniestro destino de casi todos los héroes victoriosos, envidiados acaso por los dioses vengativos, la desolación y exterminio universal de la ciudad heroica y desventurada: muertos los héroes en combate, degollados los ancianos, las familias dispersas, las mujeres y los niños vendidos como esclavos en todos los mercados del mundo. Durante siglos la tragedia y la epopeya abrevaron en los hontanares de sangre de la guerra troyana y recordaron a sus protagonistas. Otras empresas pudieron ser más extensas y numerosas, cuantitativamente; ninguna la igualó en densidad y profundidad de su dramatismo humano.

Así también, el recuerdo de la guerra de la Dignidad Española, con todo y haber sido más reducida en el número, el tiempo y el espacio que las dos guerras universales, remuerde más intensamente que éstas en la conciencia de la humanidad. Los pueblos sienten de manera instintiva que en la de España se manifiesta más acabadamente que en cualquier otra el arquetipo de la guerra misma, que es la quintaesencia de todas las iniquidades, tal vez porque en la de España los justos fueron los vencidos. Y por eso, será tema eterno de inspiración para el arte.

Verdad es también que, a veces, las empresas demasiado dilatadas, cuando alcanzan dimensiones cósmicas y exceden la armonía de las proporciones humanas, no suelen ser materia apta para la obra de arte. Así la colosal epopeya del descubrimiento, conquista, colonización y población de América por

españoles y portugueses. Con razón había cantado Luis de Camoëns en *Os Luisiadas*:

Cesse tudo o que a Musa antiga
lucanta,
que outro valor mais alto se ale-
vanta.

Las empresas de los iberos para dar al mundo sus actuales dimensiones planetarias me parecen la más grande hazaña que contemplaron los siglos pasados ni esperan ver los venideros, y Hernán Cortés, el héroe más discutido de la historia humana; pero por su propia grandeza cósmica, la empresa no cabe ya en las dimensiones de una obra de arte ni siquiera cuando se trate de un poema épico. La forja de las Américas tuvo héroes como no los había habido desde los tiempos homéricos,

pero no podía encontrar el poeta genial que los cantara. Para hacerlo, para encuadrar héroes y empresas en una obra de arte, el poeta tendría que haberlos achicado reduciéndolos a las proporciones humanas, al revés de lo que hizo Homero. —y Tucídides se lo reprocha— con los protagonistas de la guerra de Troya: engrandecerlos hasta convertirlos en héroes o semidioses. El único gran poeta épico de nuestra literatura clásica, Alonso de Ercilla, y su poema *La Araucana*, cantan las rebeldías, desventuras y heroísmo del indio vencido, más bien que las hazañas de los españoles, cuya grandeza sólo se adivina reflejada en la de sus antagonistas, tal vez por aquello que el poema dice —y que gustaba recordar a Cervantes:

Tanto más el vencedor es ensal-
[zado].
cuanto más el vencido reputado.

Y como en esta empresa la verdad excedía a cuanto pudiera concebir la imaginación, la gran literatura de la conquista de América no podía ser la poesía, sino la historia. Para los conquistadores parecen escritas las palabras que Pericles pronunciara en el entierro de los héroes atenienses, hace ahora cosa de veinticuatro siglos: Seremos la admiración de los siglos presentes y de los venideros, sin que haya menester un Homero que nos ensalce, ni poeta alguno que disfrace en sus cantos la verdad de los hechos; porque nosotros hemos obligado a la tierra y a los mares todos a que abran paso libre a nuestra audacia, y por doquiera erigimos monumentos imperecederos de nues-

tras proezas y de nuestros desmanes».

En efecto, Cortés no podía hallar un poeta a la medida de su dimensión aventurera. Para ser quien era, le bastaba encontrar un historiador tan veraz y sencillo como el soldado Bernal Díaz del Castillo que, retirado ya viejo a su aldea, escribiese durante las veladas de invierno, al amor de la lumbre, el relato de lo que en sus años mozos había visto allende los mares, cuando anduvo por aquellas tierras lejanas y fabulosas tras el más atrevido capitán de todos los tiempos.

En los nuestros, la poesía épica en cuanto género narrativo ha sido desplazada por la novela, que es una especie de historia imaginada. Por eso, por ser a la vez ima-

ginación e historia, para que la novela logre realizar su ideal, en cuanto obra de arte, es menester que el cuadro o paisaje en que la acción se desenvuelve sea cabal trasunto de la verdad, es decir, historia, sobre la cual se reflejan como en un espejo los personajes inventados por el artista, adquiriendo en la imagen virtual apariencia de seres reales de carne y hueso.

Más que los poetas líricos, han de ser los novelistas quienes perpetúen con valores de inspiración literaria la Guerra de la Dignidad Española. No la llamo guerra civil, porque sólo a medias lo fué, ni social, ni siquiera nacional o popular o de liberación; prefiero llamarla Guerra de la Dignidad Española, porque lo que de ella me va quedando al correr de los años es un sentimiento casi religioso de admiración hacia la dignidad de nuestro pueblo; dignidad que destaca, como los santos y mártires de Zurbarán y Ribera, sobre el claroscuro de la abyección universal.

El ciclo novelístico de la guerra española

Ya comienza a ser abundante el catálogo de novelas, muchas de ellas excelentes, cuya trama se entreteje en el paisaje dramático de la Guerra de la Dignidad Española. Con harta frecuencia —cuando los autores fueron meros espectadores de la tragedia, como acaece a ciertos novelistas extranjeros, o cuando hablan más bien de oídas, como algunos de las generaciones posteriores que, unos y otros, no vivieron la realidad—, estas novelas, aún las bien concebidas y redactadas, adolecen del

diferente su autenticidad artística.

No quiero mencionar en este ensayo sino algunas de las novelas que yo reputo excelentes, entresacadas de los centenares de libros publicados sobre el tema. Uno de mis amigos que con espíritu paciente y minucioso de benedictino se ocupa de ir formando un catálogo de libros inspirados en la Guerra de la Dignidad Española, anda ya cerca de la ficha número cinco mil. Este ciclo literario comienza con la instauración de la República en 1931, continúa con la guerra y revolución de 1936-39, prosigue con la gran esperanza de la Segunda Guerra Mundial coetánea de la catástrofe apocalíptica que tuvo lugar durante los primeros años de la victoria franquista, comprende los dramáticos episodios del destierro y de la resistencia, y no se cerrará hasta el día en que la humanidad entone el aleluya del triunfo y liberación de la España mártir.

De los tiempos precedentes, pueden considerarse como preludio de esta gran sinfonía literaria, no pocas de las obras de Galdós, Blasco Ibáñez, Baroja, Valle Inclán y otros, cuyos personajes y asuntos se sitúan en la dramática lucha secular del pueblo español por la libertad, de 1808 a 1931.

Alvaro Pascual Leone noveló en su *Pedro Osuna*, publicado por el año 1945 en México, los tiempos, el ambiente y los personajes de la demasiado olvidada gesta de la juventud republicana española que preparó el 14 de abril de 1931. Alvaro Pascual Leone era uno de los más pulcros y finos escritores de una gloriosa generación levantina que ha quedado poco menos que inédita o sepultada bajo las ruinas y la polvareda de las grandes catástrofes políticas. Esta generación llena un amplio período histórico, de 1914 a 1946, es decir, desde el comienzo de la Primera Guerra Mundial al término de la Segunda, con sus profundas repercusiones en España, y a ella pertenecen entre otros Julio Just, Carlos Esplá, Marín Civera, Almería Vives, Puig Espert, Maximet Thous, Mario Blasco Ibáñez, el propio Pascual Leone, etc...

El estilo primoroso y cuidado de Alvaro Pascual ostentaba las virtudes —y le afeaban los vicios— de la que pudiéramos llamar manera alicantina que alcanzó dimensiones nacionales con Azorín y vicio intrínseco de la *inautenticidad*. Una cosa es la «ventabilidad» de una obra literaria, y otra asaz



Virgilio Botella y el ciclo novelístico de la guerra civil española

Gabriel Miró. Esta manera, cuidada del detalle hasta la nimiedad, recuerda las páginas miniadas de los antiguos libros de horas —pienso en este momento en uno preciosísimo de Don Felipe el Hermoso que se conservaba en el convento e iglesia del Patriarca de Valencia—, y contrasta con los hachazos fuertes, impresionistas, a lo Sorolla o a lo Blasco Ibáñez, de la manera valenciana. Acaso problema de agua y sol. La palmera recorta sus perfiles de abanico sobre la tierra seca y el cielo limpio; y la barraca diluye los suyos entre gasas de luz, manchas de color, nieblas impregnadas de luz que flotan sobre el espejo luciente de los arrozales y las albuferas.

El estilo de Alvaro Pascual era atildado, como el de un Azorín sin galicismos ni nimiedades, y cincelado como el de Miró, sin llegar al hastío de lo primoroso. Una página de las *Figuras de la Pasión* de Miró, por ejemplo, deleita; un capítulo, se soporta; un libro entero fatiga y empalaga.

El defecto de Alvaro Pascual, que se refleja en su *Pedro Osuna*, es que se iba cansando de bordar primores, a medida que avanzaba en su obra. Su novela, como sus discursos, y artículos, termina un poco a la buena de Dios, a grandes brochazos, en áspero contraste con el atildamiento de los inicios. Con todo, *Pedro Osuna* se recordará algún día como una buena novela de la generación que trajo la República; entiéndase bien, de la que trajo la República, no de la que fué traída por ésta y que luego suplantó inconsiderablemente a la otra, cuyo mayor pecado fué avenirse a esta suplantación, acaso por exceso de finura espiritual y de pureza ideológica, mas no sin grave quebranto para la libertad y para la patria.

La guerra y revolución de 1936-39 ha inspirado a muchos autores, que no voy a mencionar aquí, por ser bastantes de ellos ampliamente conocidos y estimados. Quiero sólo recordar al veterano Zamacois quien en 1937 escribió la olvidada novela del sitio de Madrid, tan olvidada que yo mismo no recuerdo ahora el título. La obra no plugo a las situaciones política e intelectual a la sazón predominante en la España leal, más supeñadas de lo que convenía a las inspiraciones de Moscú. La novela de Zamacois exaltaba la gesta popular en la defensa de Madrid, con anarquistas y todo, y la literatura oficial y mercenaria quería presentar aquella gesta como una empresa exclusiva del Partido. El entonces ya viejo, y hoy nonagenario novelista se vió incurso en el índice de la iglesia católica-marxista-leninista-stalinista, con sede en Moscú. Si he de dar crédito al público rumor que por entonces se deslizaba a hurtadillas en las tertulias políticas y literarias de Barcelona, los inquisidores del S.I.M. destruyeron la novela y se propusieron encerrar al autor, que no

pudo ser hallado porque a los policías no se les ocurrió la idea de ir a buscarlo donde estaba: alojado como huésped de honor en la residencia personal de Don Juan Negrín y López, Presidente del Consejo.

Entre los buenos libros que se han escrito sobre estos momentos a la vez gloriosos y trágicos, de 1936 a 1939, bien vale la pena de recordar *L'Espoir* de André Malraux, *Los grandes cementerios bajo la luna* de Bernanos y *Por quién doblan las campanas* de Hemingway. A este momento del ciclo pertenece la primera novela de Virgilio Botella, publicado en México hará cosa de dos años, *Porque callaron las campanas*.

PORQUE CALLARON LAS CAMPANAS

Algunos lectores precipitados acaso pensarán que la novela de Botella era una réplica o una imitación de la de Hemingway, con la que no tiene de común otra cosa que la coetaneidad del tema y la palabra «campanas» en el título.

No todos los críticos parecen haber interpretado bien este título, que a mí me parece diáfano. No *Por qué callaron las campanas*, sino *Porque callaron*. Me explicaré:

«Márgara es joven y esbelta. Su pelo, negro azulado. En la tez clara resaltan sus pupilas oscuras y luminosas de un mirar profundo», estudia Filosofía, tiene ideas modernas y piensa casarse, sin embargo, con Rafael, un señorito aristócrata, monárquico y semifascista. En la vecindad de Márgara, allá por el Paseo de Rosales y la Plaza de España, habita Don Ignacio Zabala, un vasco creyente, huracán y atormentado, de estirpe unamunesca, con su esposa Charito, rubia, sentimental, buena, insípida y egoísta. Charito ama la tranquilidad, la vida apacible y cómoda, y hasta se siente contenta de su esterilidad en cuanto le permite permanecer un tanto aislada de las tragedias políticas y sociales, sin sufrirlas como todas las madres en la carne de sus hijos. Márgara y Rafael, Zabala y Charito, como todos los demás personajes de la novela de Botella, y como la inmensa mayoría de los madrileños sus contemporáneos, habrían vivido el cuento rosa de unas existencias normales, insulsas y tranquilas, si no se hubiera desencadenado sobre España un inmenso acontecimiento cuyo signo más significativo fué el súbito silencio de las campanas. El bronce sonoro que durante siglos había tañido al nacimiento, al desposorio y a la muerte de casi todos los españoles, cayó de pronto, una mañana de julio, en más de la mitad de aquella tierra de dolor y de sangre. Aquel enmudecer de las campanas era el heraldo del gran desmoronamiento de una sociedad, entre cuyos escombros quedarían trituradas las vidas y las almas de millones de seres humanos. ¿Au-

rora o crepúsculo? Durante tres años los corazones angustiados vivieron entre la agonía y la esperanza, y a la postre fué la tiniebla para todos, vencedores y vencidos.

La sensación de la tragedia está muy bien expresada en el párrafo que describe el éxodo del mundo oficial, el 6 de noviembre de 1936, abandonando el triste y trágico Madrid para instaurar en las tierras luminosas, ricas y alegres de Valencia, por unos meses, nada más que por unos meses, el Levante Feliz: «Se adentran en tierras valencianas, campos de labranza acopados, surcos y lomos de tierra roja, frutales. Se dibujan en lontananza los pueblos, unos tras otros. Marca la iglesia la ruta con su torre de piedra y sus campanas silenciosas. Campanas que no doblan, campanarios sin tañidos. Iglesias cerradas por falta de amor... Al lado ondula su cúpula en hileras de tejas brillantes, blancas y azules. Salen palmeras al escorzo y la sierra, detrás, da realce al nuevo paisaje».

Tras el silencio de las campanas que enmudecieron por falta de amor, el destino de cada español tomaba un rumbo diferente del que al nacer le fijaran las estrellas. Márgara no formaría ya su hogar con Rafael; Zabala y Charito sentirían irse abriendo entre ambos la sima de la separación moral y sentimental, la terrible soledad de dos en compañía a que les inclinaba la oposición de los temperamentos, pero que probablemente habría quedado en germen si no hubieran enmudecido las campanas. Y entre Márgara y Zabala, sumergidos en el ambiente trágico de la guerra y la revolución, surge el amor entrañable, atormentado, imposible, hermano inseparable del dolor y de la muerte, como el que cantara Leopardi:

*fratelli un tempo setesso amor
[e morte.]*

Cuando comencé a leer esta primera novela de Botella, temí que la intensidad misma de la circunstancia en que la trama se desenvuelve, sumergiera a los personajes en el abismo sin fondo de la tragedia colectiva, y que la novela quedase en crónica o reportaje, por cierto magnífico. Venturosamente no ha sido así; al principio los episodios de la revolución, los heroísmos y desmanes de las milicias, las grandezas y miserias del pueblo, sus abnegaciones y sus crueldades se desparraman por el lienzo hasta llenar el fondo espectral del cuadro sobre el que los personajes, como «las novias muertas antes de sus bodas» de Heine, muy oportunamente evocadas por Botella, urdirían «la danza macabra de su nuevo destino irresistible». Una vez emborronado el lienzo, la guerra queda convertida en el fondo o escenario del drama, algo así como el coro de una tragedia griega o como la orquesta de una tetralogía wagneriana, y los

personajes van cobrando vigor, acusando sus perfiles, hasta encarnar en su propia tragedia individual la colosal y colectiva de la patria, dentro de la cual van arrastrados por el destino, como los cantos rodados y las ramas desgajadas en la corriente torrencial de un río.

El relato se ajusta cronológicamente al curso que llevaron los episodios de los casi tres años de lucha, con sus terribles altibajos de exaltación heroica, depresión moral, esperanzas, rencores, ilusiones y desengaños, y escudriñando las intimidades de cada personaje, la novela refleja de modo magistral las reacciones que los acontecimientos iban produciendo en la psicología de los diversos caracteres. *Porque callaron las campanas* termina en un apocalipsis de tragedia, con el bombardeo de Figueras, donde Márgara se esfuma en el misterio «de las sombras blancas que unas veces son una calavera, y otras un semblante que sobrecoige. La vida y el amor, la muerte al acecho, surgiendo de una estela de quimeras», tal como la había imaginado el pintor Carvajal, en un extraño retrato que le hiciera años antes, donde laten premoniciones criptomnésicas.

El lector queda con la sensación angustiada de no saber si Márgara, con el hijo de Zabala que germinaba en sus entrañas, quedó sepultada entre las ruinas de Figueras, o sumergida en la caravana torrencial de los apátridas que descendía la frontera hacia el éxodo interminable, «a la espalda España, su pasado y su porvenir, sus recuerdos y sus esperanzas; en la lontananza, la sombra cerrada de un destino implacable».

● Seguirá ●

Receta

«para no envejecer»

(A un pesimista)

Se coge un treinta por ciento de risa y de fantasía, un puñado de alegría y una dosis de contento.

Después, con mucho talento, se añaden fuerza y salud, se ríe uno del ataúd y se acaba la mixtura con un diez de «caradura» y el resto de... ¡juventud!

C. VEGA ALVAREZ



El intelectual y el fusil

Esta pregunta, presentada de frente y lanzada por tan poderosa catapulta al ruedo de la idea, es un miura encrespado al que hay que torear con unos gramos de verdadero duende. Yo no me atrevería a hacerlo si no creyera que esta cuestión ha sido básica en España — y fuera, claro —, lo es ahora y lo será más aún en un próximo porvenir. El tema, diría un castizo, se las trae.

El arma del intelectual ha sido siempre el pensamiento. Englobo ahora en el concepto de intelectual toda manifestación de cerebro y sensibilidad, lógica y sentimiento, matemática y poesía. Poeta quizá sería el supremo nombre a que puede arribar cada peón de brega que en la gran lucha pensante e intuitiva, pretende arinconar las grandes incógnitas que se ofrecen al hombre para cumplir su vida. Sin embargo, la palabra intelectual, de buena prensa en los principios de su uso, conserva todavía un destello de oro que quizá sea útil para lo que pretendo decir ahora. Me quedo con ella, pues.

Lo que viene ahora yo quisiera decirlo con las palabras justas, certeras y completas que el tema requiere. Trataré de explicarme lo mejor posible.

La vivencia de las ideas está en relación con la sangre que guardan dentro. Dicho de otro modo, las ideas viven de la vida. Hay un cordón umbilical que sale de la madre vida y va transmitiendo su licor caliente al hijo idea hasta madurarlo y echarlo a andar por el mundo. Los retoños que han chupado recia y robustamente del tronco materno son los genios ideales que viven siempre. Luego existen otros que salen con tan canija savia que al cabo de poco tiempo, tras pegar unas boqueadas, se nos quedan entre las manos de puro agonizantes. Los buenos parteros de los intelectuales se han impacientado en esta ocasión — o son malos doctores de nacimiento — y del vientre vital sacan la idea con andadura de hernia enquistada. No parece sino que la sana sangre que debiera derramarse entonces, enturbie la vista del poetiso acostumbrado a gozar los filos románticos de las violetas o el vuelo anacórico de la gaviota que una mañana cantó.

El nexo entre la idea y la vida, entre lo que se piensa y lo que se siente, no puede romperse, so pena de matar por inanición a la idea. Y en el juego grandiosamente vulgar de la vida, donde se acuesta un remate de ironías o se alza una pirámide de luchas, matar a la Idea es matar a los intelectuales. Si éstos quieren vivir tienen que hacer que sus creaciones-hijos sean fuertes y completos, respondan tanto a la física del neutrón que vibra como al parpadeo del hombre que muere, lo mismo a la exacta nomenclatura

L A estatua de Martín Núñez de Arce, tendida en un viejo claustro español, hizo escribir hace más de treinta años a Ortega: «¿Es posible que haya habido quien haya unido el coraje a la dialéctica? El hombre acostado, objeto de la contemplación del filósofo, viste férrea armadura, combatió bravamente en Montefrío y murió en batalla. Su rostro, de sumidas mejillas y boca que parece mascar ya verdades del otro lado, refleja hábitos intelectuales».

ra del trigo que crece que a la ruda génesis de las vidas que nacen, igual al crujido de la tierra que se abre que al grito del sexo que se viola. Todo gira alrededor de lo sagrado humano, centellea y se magnifica en torno al hombre que ríe, que solloza o que muerde, manantial inextinguible de donde salta continua la sangre de la Idea. Donde esté el Hombre, sufriendo o gozando, remontándose en la vértebra de un cohete o abismándose en una mina de carbón, apoltronándose en la cabecera de una orgía o pudriéndose en la cloaca de un suburbio, vaciándose de esperma en la cama de una prostituta o reventando de horror en el paredón de ejecuciones, pirateando la sangre de su hermano o apretándose la entraña por el vitriolo del hambre, derrochando cocaína en los sótanos amarillos de las ciudades o mascando la tierra de los campos a falta de pan, ahogándose de dinero en la cámara acorazada de un Banco o naufragando de tedio en los sueldos ganados de rodillas, allí, solamente allí, está la Vida de la Idea, la Carne del Pensamiento, el Supremo signo del Uno y el Todo. Es allí donde han de converger, como abejas en panal, los corazones-cerebros de los Poetas-Intelectuales, los hombres que mejor saben pensar y sentir y que deben ser también los que mejor sepan obrar.

El mundo está lleno de geometrías polvorientas, de pensamientos tomados como seres vivos y que han naufragado ha largo tiempo en el río de pasión y de sangre que es la vida. Urge ahora una tarea de vivificación absoluta de la materia aprovechable y de creación radical de nuevos suelos sobre los que el hombre pueda asentar su planta y caminar sin dar patinazos en los charcos; librándole a la vez de su rígida y angustiosa postura bocabajo. La sima paulatinamente ensanchada sobre la Vida y la Idea — producto de la progresiva intelectualización de ésta — hace que el hombre, asentados sus pies sobre uno de los extremos y agarradas sus manos al otro, se encuentre tensado entre los dos bordes como la cuerda que llama a su centro las dos puntas de un arco.

Los intelectuales menores lo han querido así, a riesgo de ser devorados ferozmente por la vida que pasa, bajamar y pleamar de las cosas que existen y que llaman dramática e inútilmente a su puer-

ta con la esperanza de ser atendidas. Los grandes creadores, navegantes de altura, supieron siempre ceñirse al viento, soltar los aparejos con elegancia osada, caminar bordeando los escollos sin encallar nunca en los peligrosos bajíos. ¡Ah! Pero los otros, los otros tenían tanto miedo a despegarse de la costa, tanto terror a perder la tierra de vista, que la poca agua sobre la que andaban no pudo cubrir la roca que les abrió el casco, anegándolos y hundiéndolos con todo el equipo.

Y la vida tiene peligrosas tempestades para las que no basta únicamente el intelecto, porque hay que auxiliarse de los dos prácticos insustituibles para hacer llegar el barco a puerto seguro: cabeza y corazón, talento y valor, sangre por la idea. El Ideal ha de tener sus arterias prietas del generoso licor. Una vez dentro, éste se encargará de defender la casa en que vive, aunque tenga que derramarse fuera para realizar el noble combate.

Esta es la misión que en el mundo presente y futuro de España se presenta a los intelectuales, la integración de la sangre y el ideal, la comunión del fusil y el pensamiento, la síntesis apretada de corazón y cerebro. En realidad es la faena propuesta a todo español auténtico, pero escogemos ahora al hombre intelectual como la expresión más alta de absoluto ideal de vanguardia de pensamiento, junto al cual propugnamos la cristalización del riesgo personal, pleno de consciencia. Contra la idea contraria, la esgrima sutil de las propias razones. Contra el arma contraria que dispara ensangrentando la cabeza del hombre que defiende su pan, su justicia y su libertad, es preciso que ese hombre, sea intelectual o no, empuñe el fusil y lo dispare con rabiosa maestría y frialdad reflexiva contra el enemigo que, enfrente de él, pretende arrebatarse lo que a nadie puede ser arrebatado.

En este caso concreto, es el riesgo, es el riesgo terriblemente consciente que el intelectual debe libremente aceptar y sostener. Hay una disyuntiva clarísima para cuando llegue el momento: Ser hombre e intelectual o no ser nada. No se puede ser intelectual a secas, la guerra de España se ha encargado de demostrar que es imposible. Cuando llega la hora de la defensa de lo sagrado humano, todos los hombres — y entre

ellos el intelectual — deben agarrar la mochila y el fusil y marchar a la primera línea de fuego. Si después, este hombre de mayor capacidad cerebral es llamado a la retaguardia donde pueda realizar una labor de mayor eficacia que la de disparar cotidianamente su fusil contra la trinchera enemiga, debe volver adonde su inteligencia rinda sus máximos frutos en provecho del ideal que defiende. Ya su ejemplo ha quedado tatuado en el corazón de los compañeros que con él militaban en la primera línea.

Esta es la tremenda exigencia que requiere la idea, su vigorización de encuadrarla en la vida, tonificándola con sangre. La lumbré más exquisita de un pensamiento, si carece de la traducción vital de la acción, se convierte en la pura nada. Si a la luminosa evolución humana que tiene el carácter sagrado de la justicia y la generosidad para todos los hombres, se le oponen los fusiles negros de un pasado brutalmente reaccionario, se hace imprescindible que el intelectual abandone la tribuna de conferenciante, vaya a incorporarse con todos sus camaradas a la trinchera donde su idea vaya a fecundarse con sangre.

Al intelectual se le demanda el supremo valor, porque él está dotado de la máxima consciencia. El sabe exactamente todo lo que en un segundo puede destruir una bala caprichosa y brillante que viene por el aire buscando cerebros y corazones y que es ciega, sorda, velocísima y mortal. Una bala, simple trozo de acero grisáceo y quizá lanzado por un portero de la línea enemiga y que destruirá un fabuloso mundo de posibilidades que sólo el intelectual conoce. Esto es dramático hasta el paroxismo, enloquecedor hasta la demencia, estúpido hasta la ironía, doloroso hasta la insensibilidad, pero es como España ha sido siempre, trágica y sangrante, grande y cruel, desgarradora como la muerte de un Lora.

● Pasa a la página 13 ●



Todavía el problema de la cerámica ibérica⁽⁰⁾

c) Decoraciones humanas y de caballos.

Una evolución parecida se observa en la figura humana y en la de los caballos.

El hogar de esas decoraciones parece ser la provincia de Murcia, la de Alicante y la llanura valenciana; pero excepcionalmente penetran más al interior en la de Albacete — combinaciones florales, caballos y jinetes muy semejantes al estilo de Oliva en El Toldo de Minadeta y combinaciones espirales de Amarejo.

El vaso de los guerreros de Archena (62) adquirido por Viven y hoy en el Museo Arqueológico de Madrid, parece una imitación todavía bastante inhábil de la cerámica ética arcaica. Se había pensado en las figuras rojas, pero es posible que responda mejor a la tradición de las figuras negras. Este vaso se colocaría en los tiempos del principio del estilo clásico de Archena representado por los vasos Vives-Heiss y podría fecharse tentativamente no más tarde que la parte central del siglo V.

Un fragmento de Archena de la colección Heiss (63) recuerda las figuras áticas postarcaicas y habría que compararlo con la representación de un pinax del Ashmolean Museum de Oxford (64) — procedente de España, aunque sin localidad exacta — con un jinete que caza un cuadrúpedo que parece una especie de cierva (¿segunda mitad del siglo V?)

El ataque a una fortaleza del vaso de la necrópolis de Oliva — sur de la provincia de Valencia — (65) con figuras colocadas en distintos planos, unas debajo de otras, y el jinete atacante de dimensiones mucho mayores equivalentes a las del conjunto de los guerreros atacados, habría beneficiado del ejemplo de la composición de los vasos de influencia polignónica y habría que colocarlo alrededor de 400, siendo acaso el más antiguo de los vasos de Oliva.

Otros vasos de Oliva tienen frisos de jinetes, en los que como motivos de relleno hay decoraciones florales y combinaciones de espirales en un estilo más evolucionado y menos libre que el de los vasos de Archena de las colecciones Vives y Heiss y que tiende a estereotiparse, a la vez que a barroquizarse.

Este estilo puede compararse con el que muestran fragmentos de otras localidades, especialmente de la Serreta de Alcoy, provincia de Alicante (67) y de una parte de los vasos de Liria, provincia de Va-

(*) Esta parte, continuación de la iniciada en el número 69, terminará en el número que seguirá al presente, o sea el 73. Las tres partes forman el Capítulo II titulado LAS DECORACIONES HUMANAS. (Nota de la Redacción).



ELCHE, principios del siglo IV.

lencia, de los que luego se tratará.

Es difícil fechar con exactitud los hallazgos de esos poblados. En Liria, como se verá, hubo una larga evolución de la cerámica decorada, y, si allí hay indicios cronológicos que dan unos ciertos límites para la ocupación del lugar, no pueden encontrarse puntos de apoyo para fechar exactamente cada uno de los vasos y su cronología debe buscarse por otros medios. Pero para la Serreta y para Oliva — cuyos vasos re-

les muy puros y elegantes. Al final de esta etapa habría que colocar la oinochoe publicada por Ramos Folques con una figura femenina alada dentro de una zona sobre la cual hay pájaros. La figura parece muy próxima de otra de un vaso ovoide con motivos florales ya evolucionados y parecidos a los del estilo de Oliva que se colocaría a principios del siglo IV, lo mismo que de ciertos fragmentos con representaciones humanas, «carnassiers» y caballos del estilo evolucionado del que pueden en-

por P. Bosch Gimpera

presentan una misma etapa, la del estilo «barroquizante» — puede pensarse en fecharlos en el siglo IV, cosa que indican las tierras cocidas griegas del santuario, del poblado de la Serreta y los fragmentos de cerámica griega barnizada de negro, de Oliva. Esto sería un indicio para fechar los vasos de Liria del mismo estilo que los de la Serreta.

Así, el estilo evolucionado de los vasos con jinetes combinados con decoraciones florales elaboradas y «barroquizantes» de Oliva, de la Serreta, del Charpolar y de Liria, tendría su apogeo en el siglo IV.

d) Elche y otras localidades del SR. de España.

Un problema más grave es el de la cerámica de Elche (68). Allí es imposible obtener indicios cronológicos. No hay necrópolis conocida y, en la Alcudia no se conoce con claridad el contenido de sus capas, pues el lugar fué habitado hasta la época romana y se han producido muchas mezclas, además de que las excavaciones no se llevaron a cabo con el método necesario.

Se está reducido a la tipología en la que por comparación con los resultados de otras localidades pueden, sin embargo, comprobarse distintas etapas:

Una etapa paralela del estilo clásico de Archena, todavía del siglo V, con «carnassiers» y pájaros, lo mismo que con motivos flora-

manos. Hay también vasos y fragmentos de Cartagena e Ibiza con estilizaciones de espirales y otros motivos degenerados del SE., así como fragmentos tanto de Elche como de Cartagena con guirnaldas de hojas de yedra, y fragmentos del Tossal de Manises parecidos, que pueden compararse con fragmentos de la última degeneración del «carnassier» — que se ha comparado a menudo con la cerámica celtibérica de época romana — procedentes de Arcóbriga, en donde con motivos florales muy evolucionados hay representaciones de conejos (75).

(62) Reproducido en Bosch, *Etnología*, fig. 313, p. 358; en García y Bellido, *Ars Hispaniae*, fig. 313; *Art. ib.*, figs. 564-565. (pp. 619-620). Ver también Sandars, *Weapons of Iber.*, láms. VI y VII.

(63) Obermaier Heiss, *Prunkker* lám. 15; García y Bellido, *Art. Ib.*, 563.

(64) A. Blanco Frejeto, *Fragmentos de un lárnx ibérico en el Ashmolean Museum de Oxford*. (*Archivo Esp. Arq.*, 1950, pp. 199-203.)

(65) Para Oliva, ver: J. Colomina, *Objectes de la necrópolis d'Oliva al Museu de Barcelona*. (*Anuari VII*, 1921-26, p. 186); *id.* *La VI*, Barcelona, 1944, pp. 155-160. Reproducción de los vasos en: Bosch, *Beziehungen*; Bosch, *Relaciones*; Bosch, *Etnología*, figs. 317-318, pp. 362-363; Bosch, *Poblamiento*, láminas LIX, 2 y 3 y LX, 1; García y Bellido, *Ars Hispaniae*, I, p. 270, figs 322-323. El vaso de asalto a una fortaleza reproducido en colores, en Bosch, *Die spanisch-portugiesische Kunstgewerbe. I. m. XIII* (en Bossert).

(66) C. Visedo, *Excavaciones en el Monte de la Serreta próxima a Alcoy* (*Alicante, Mems. Junta Exc.* núm. 21, 1920-21: núm. 45 1921-22 y núm. 56, 1922-23); C. Visedo, V. Pascual, *Unos fragmentos cerámicos de la Serreta de Alcoy*. (*Comunicación del Servicio de Investigación Prehistórica al Primer Congreso Arqueológico del Sudoeste español*, nov. de 1945 en *Serie de Trabajos varios del «Servicio»*, núm. 10, pp. 57-63, Valencia, 1947).

(67) J. Pericot, *El poblado ibérico del Charpolar*. (*Archivo Prehistórico Lev. I*, 1928, pp. 157 y ss.)

(68) Además de las figuras de P. Paris, *Essai*, ver E. Albertini, *Fouilles d'Elche*. (*Bulletin Hispanique*, 1906, pp. 333 y ss.; 1907, pp. 1 y ss., y 109 y ss.); Bosch, *Problema Cer. Ib.*, fig. 8 y lám. I y II; Ramos Folques, *Elche*.

(69) Ramos Folques, *Hallo Elca* 2a. ed., Madrid, 1946), lám. José Martínez Olalla, *Esquema paleontológico de la península ibérica* (a. ed., Madrid, 1946), lám. XLV (el vaso cuya decoración re-

Un Deniaud para la sonrisa eterna

Y VES DENIAUD era un artista esencialmente parisiense. Había extraído su lógico popular, su filosofía del vivir, de las calles de la capital francesa. Hijo del pueblo y como nadie conocedor del mismo, podía interpretar en función y en arte, en las tablas y en la emisión radiada. El prestigio popular de Deniaud, tanto como de su na-

tural gracejo, le venía de su conocimiento cabal de los anhelos y de las necesidades espirituales del pueblo.

Vendedor ambulante, le era dable colocar cualquier producto no por el producto en sí, sino por la gracia que tenía en propagarlo. Su palabra cáustica o bromeante, caía exactamente en el ánimo de los oyentes. Su expresión, amable

tualidad bajo el signo del extremismo libertario, y a Yves no íbamos a catalogarlo por este hecho, a encasillarlo en una escuela política determinada. El artista necesita independencia absoluta, y con tenerla él sabe cómo ha de producirse. Al hombre sagaz y libre no se le sermonea, no se le catequiza; se le trata, a lo sumo, en amigo. ¿No explica algo, no lo explica todo, que el «chansonnier» nunca sea católico ni bolchevique? Sin sujeción a partido ni secta, sin hipoteca de acañón ni de pensamiento, el chocarrero inteligente, el expositor — burla burlanuo — de los vicios sociales, se acerca insensiblemente a un más allá que lo identifica con los «derruidos» — no se si encasillados —, quedándole gaje para depasar a estos, y opción para criticarlos, caso de que el reloj dé las inquietudes se les pare.

Cuando el ambiente libre los reclama, los hombres libres del teatro francés hacen acto de presencia, y en ellos pisa tablas el espíritu de Courteline, de Descartes, de Voltaire, de Diderot, es decir, de toda la sabiduría socarrona, del bien pensar, del buen decir, y para un saludable sonreír. Risa discreta, aunque irresistible; risa humana, moralmente justificada, opuesta al «reirse las tripas», a la carcajada ruidosa constantemente demandada por la intrascendente payasería española, y que los patriotas sosegados me dispensen.

Yves Deniaud cogió en Radio Luxembourg el tema del «lampiste», del «manxair», el eterno ciudadano de tercera sobre el que se acumulan, en definitiva, todos los impuestos y todas las culpas. Cada domingo se convertía en el acusado «Leguignon» al que, no importando su típica defensa — la defensa mental de todo hombre de la calle al que la ley se le atraviesa — resultaba infaliblemente condenado por los jueces. En esta jocosa — ¡y cuán verídica! — campaña procesal (455 juicios) Deniaud dijo un cúmulo de verdades, de procacidades anties-tatales, de frases atrevidas, revolucionarias, sin necesidad de maldecir ni amenazar a nadie, pero haciendo sonreír y pensar a unos millones de auditores que cada domingo acudían al «proceso Leguignon» para solazarse... aprendiendo.

Y ya, con la muerte del buen Yves, la sesión judicial, la edificante lección sociológica de cada semana que Radio Luxembourg daba so pretexto del «lampista Leguignon», ha terminado quizás para siempre.

Que el humor subversivo galo no se extinga, que los teatros de bolsillo no se pierdan, para que la Villa Luz no pierda la luz espiritual que más la ilumina.

JUAN FERRER



— ¿«Si»? ¿«No»? ¡A la pesca!

Todavía el problema de la ..

produce también A. García y Bellido, *Ars Hispaniae*, I, p. 268, fig. 316). También en Ramos Folques, *Elche*.

(70) Ramos Folques, *Hall, Elche*.

(71) Fletcher, *Frag. cerám. Liria*.

(72) Lafuente, *Albufereta*.

(73) García y Bellido, *Cronol. final*, figs. 4-5.

(74) García y Bellido, *Cronol. final*, fig. 2.

(75) A. Beltrán, *Breves notas sobre la cerámica ibérica pintada del Museo de Cartagena (Congreso SE., III)*; García y Bellido, *Cronol. final*; Bosch, *Problemas cer. ib.*, láms. I, 2 (Elche), y IV 7 (Ibiza).

e irónica, por lo común aparecía salpicada con frases del caló montañés más estilizado, arrancando risas aprobatorias del público callejero, y más tarde de los auditorios de teatro. Su guasa, como correspondía a un parisino de estirpe «bastillera», de arrabal inconformista, no era tiempo agradablemente perdido. Era palabra fácil, insinuante, arrolladora, desgranando ideas leves, marcando contradicciones sociales, formando una sicosis de contento conducente, empero, a las formales meditaciones. Una forma donosa de sembrar inconformismos muy «chansonnier», muy francesa, un tanto distante de la fórmula española de revolucionar a gritos, de declamar con ademanes descompuestos.

A Yves lo hemos visto cruzar el escenario del Palacio de la Mu-

A UN JUMENTO Salve

Amigo jumento, que marchas por la vida triste y soñolento, cual si fueras un muerto de nacimiento, transido y agobiado por el peso del infamante fardo del plebeyo, sin otros horizontes en tu vida de siervo que un rústico pesebre carcomido y mugriento.

¡Salve, amigo jumento, hermano en el dolor y en el tormento! Como no te rebelas, todos te llaman bueno.

Nadie te vió llorar; pero yo te veo gemir entristecido y llorar en silencio. ¡Sonámbulo que marchas por un duro sendero, empedrado con guijos, arrastrando tus huesos!

No conoces la risa, y tu sustento es un horrible pienso de granzones granados con sudor y tormento.

Los hombres inventaron su dios y sus derechos y te han negado el alma. Como no tienes templo, ni santuario, ni cementerio ni dinero,

el día que te mueras no irán los sacerdotes a cantar en tu entierro. Entonces,

sin mortaja ni féretro, arrojado serás al expoliario infecto del fondo de un barranco, y tus flácidos restos se los disputarán los perros y los cuervos.

¡Oh, hermano en el dolor, resignado jumento!

¡Cuánta piedad me inspiran tus ojos soñolientos, tus dientes amarillos, tu bello macilento y tus lacias orejas, tu cansino pellejo y tu pelaje gris, sebáceo y grasiento!

El día de tu muerte, nadie te dirá un rezo, ni habrá cirios ni velas en tu hediondo aposento.

Pero, muere tranquilo, amigo jumento, hermano en el dolor y en el tormento, que, al fin de la jornada, todos somos jumentos.

Domingo IGLESIAS



* Iremos a Santander *

TERMINADAS las vacaciones, los que fuimos condenados a destierro somos grandes favoritos de la fortuna y convertimos las espinas en flores; no nos falta nada, excepto España, que en realidad tampoco nos falta pues la llevamos ardiendo como una llama en el corazón; vivimos en casas grandes y lujosas; comemos y bebemos regaladamente; vestimos con elegancia; tenemos muchos libros, para suplir los que en la España católica apostólica romana —pero no española— nos robaron los vándalos de la cruzada; viajamos por donde nos da la gana y con todas las comodidades; tenemos dinero en abundancia y pocos quebraderos de cabeza; nos damos, en una palabra, la gran vida —terminadas, repito, las vacaciones, es preciso pagar las deudas contraídas con los compañeros de destierro y con los amigos que nos han hecho menos áspero el destierro. Deudas contraídas con la bondad, con la inteligencia, con la belleza.

Mis acreedores se llaman Roger Noël-Mayer, Fernando Valera, Manuel Arce, Luis Albuquerque, Vergilio Ferreira, Paço d'Arcos, José María Espinás, Martín de Ugalde, Ferrandiz Alborz, Sánchez Juan, Ignacio Fernández de Castro —que actualmente, según acaban de decirme, pasa temporada en una cárcel franquista— Juan Goytisolo, Francis Léaud, André Chamson, Jean Cassou, Jorge Guillén.

Muchas deudas son, pero será un placer pagarlas. Poquito a poco —mis acreedores, por innato señorío, no me apremian nunca— aprovechando las pausas que me ofrece mi labor diaria o casi diaria. Pero pagarlas, que es lo correcto y lo decente. (Aunque la decencia haya pasado de moda y ya no se lleve, seamos personas decentes. Incluso los que no conocen la decencia ni por el forro tienen que ser tratados decentemente: para que vean que aún hay clases, para que se convenzan de que no todo el monte es orégano).

Tengo encima de la mesa, llena de papeles — cartas que esperan contestación; un rimero de cuartillas que se va convirtiendo en libro, en otro libro más que no sé cuando se publicará; recortes de prensa; fichas... — un libro. Este libro se titula *Nous irons à Santander*. Este libro, compuesto muy lindamente a mano, como ya por desgracia no se estilaba, lo firma en Jarnac Roger Noël-Mayer y lo edita la revista «La tour de feu».

A Roger Noël-Mayer no le conocía personalmente — sin conocerle me mandó su libro, cariñosamente dedicado en un español perfecto, impecable — pero había leído otra obrilla suya, muy hermosa: *Sous les araucarias*, la traducción francesa de unos poemas de José Hierro, poeta de noble y cálidísimo verbo, y la de *Carta de paz a un amigo extranjero*, de Manuel Arce, libro cuya lectura me produjo una impresión profunda, imborrable. (Otro día hablaré del poeta Manuel Arce como se merece: largo y tendido).

Ambas traducciones estaban muy bien, eran muy respetuosas con el texto y muy bellas. La labor de traducir — mejor dicho el arte de traducir — es difícil en extremo, difícilísimo. Pocas traducciones conozco que puedan calificarse de perfectas. En español he leído algunas verdaderamente lamentables, verdaderamente catastróficas: la de *Demonios* de Dostoievski

ky y la de *Doctor Fausto*, de Thomas Mann, por ejemplo. En cambio, me parecen dignas y sin tacha las que hicieron el desagradable Luis Ruiz Contreras de las novelas de Anatole France y el simpatiquísimo — e inteligentísimo — Pedro Salinas de las de Marcel Proust. Y dignas y sin tacha me parecen las dos que conozco de Roger Noël-Mayer.

Vivía yo en un mundo cerrado, sin alba y sin horizonte: el del destierro. Español desgajado de

de su *Isla en el mar rojo* me ocuparé otro día).

«Aquel gran prosista que fue Pérez de Ayala, desgraciadamente desaparecido — pues creemos que ninguna relación guarda, aparte la homonimia, con el señor que desde su asidua colaboración en cierto diario nos está forjando una culturita». (J. A. Gaya Nuño: *Sobre el entendimiento del arte en las mejores letras españolas*, en «Insula», núm. 145, pág. 12. Madrid).

por Luis CAPDEVILA

España, que se había quedado sin voz y sin sangre, sólo de tarde en tarde me llegaban noticias del más torpe, del más cursi, del más astroso mundo: el de la política que Hermann Von Keyserling localizaba en los bajos fondos del hombre. Política de encarcelamiento, de procesos inicuos, de estraperlo descarado, de concusión, de fusilamiento o garrote vil — ¿cuándo le regalan sus amigos los americanos una silla, eléctrica al general Franco? — de corrupción en las altas jerarquías de la Iglesia y en los altos mandos del ejército. Política de régimen que ya nació podrido y mintió estolidamente al afirmar en 1939, con jaca de chulo, que la guerra había terminado. Las guerras civiles no terminan tan fácilmente como se figuraba el compinche de Hitler y Mussolini.

Año tras año, de España sólo llegaba la garrulería de las voces podridas: «el señor Fulano ha dicho...», «el señor Mengano ha declarado...», «el señor Perengano ha pronunciado un discurso...» ¡Pobres señores de señorío improvisado, de quita y pon, adquirido en el Rastro, que se atribulan el señorío como ciertos sujetos entran ostentadamente en el retrete de «Caballeros» para que les crean tales!

Las voces que yo esperaba: la de los poetas, las de los novelistas no llegaban. El nuevo régimen quiso crearlas pero, estéril como las mulas, no pudo conseguirlo. De la nada sólo puede nacer la nada. Los viejos escritores que, por cursilería, por egoísmo o por resentimiento — Benavente, Azorín, Eduardo Marquina, Wenceslao Fernández Flores, Julio Camba, Baroja, Pérez de Ayala... (1) — no han producido nada medianamente aceptable. (De Fernández Florez y

Y de pronto, gracias al editor Sghers y al traductor Noël-Mayer, descubría a dos poetas españoles de la nueva generación. Poetas de gran singularidad — es decir: de muy recia personalidad — y mucho mérito: Manuel Arce y José Hierro. Y agradeci profundamente, entrañablemente el descubrimiento que me brindaba Noël-Mayer. Me ganaba en él un amigo más. Y, con él, otros amigos, Bella, magnífica ganancia.

Después leí en «Cuadernos», en «Le temps des hommes», en otras revistas unos comentarios de Noël-Mayer acerca de la nueva poesía y la nueva novela españolas muy atinados y perspicaces.

Y hoy tengo en la mano su libro *Nous irons à Santander*. Preguntarse de qué trata este libro sería una necesidad. Claramente lo indica el título: se trata de un viaje a Santander, de una breve estancia en Santander. En unas pocas páginas un escritor francés que de veras ama a España nos cuenta su viaje a una ciudad española. Nos lo cuenta de una manera sencilla, llana, en un estilo hablado — un estilo hablado por personas cultas — de una manera familiar y sin la pedantería de otros viajeros y extranjeros que pretenden — ¡a estas alturas! — descubrir España y con su descubrimiento se figuran haber inventado la pólvora o poco menos; sin la pedantería y la miopía de dichos señores, que narran su descubrimiento adornando la narración

(1) Vapuleados con tanta entereza y dignidad por Juan Antonio Gaya Nuño: «...Pío Baroja, quien (...) se desnudó ante los lectores en esa especie de suicidio perpetrado bajo el título de *Memorias* (...) nuestro fervor barojiano mucho hubiera ganado sin su lectura».

con los innumerables moñitos, lacitos y afeites del llamado estilo florido, usado por todas las momias literarias y todos los peluqueros de la literatura.

¡Librennos los dioses de semejante estilo y semejantes viajeros!

No, no; Roger Noël-Mayer narra el viaje y la estancia en la capital montañesa en un estilo limpio, jugoso, muy expresivo; en un estilo que corresponde al hombre Noël-Mayer, a la manera de ser el hombre Noël-Mayer y no otro cualquiera.

Cuando le vi por primera vez era exactamente como lo había visto en su libro: alto, para que la cabeza se oreo bien; flaco, para que se lo lleve el viento de las nobles pasiones y las bellas fantasías; de rápido andar, para llegar a tiempo a todas las encrucijadas de la aventura; con aire de torero retirado que sigue conservando el garbo y la sandunga de cuando actuaba en el ruedo y se jugaba la vida hurtándola a la muerte.

Sí, un algo, un mucho hay de torero en este francés tan culto, tan fino, tan cordial, tan enemigo del cromo... y al que es posible que no le gusten los toros. Puede que por devoción a la literatura española, sobre todo a la joven literatura española, haya adquirido Noël-Mayer ese aire de español nacido en Francia, pues sabido es que lo espiritual ejerce poder sobre lo físico.

¿A qué ha ido Roger Noël-Mayer a Santander? A hacer algo digno de todos los elogios, algo muy bello, casi trascendental: estrechar la mano de unos poetas, asistir a una lectura de poesías. De su estancia en la capital de la Montaña, de lo que vivió y vivió en ella, de su trato con los seres de más auténtico señorío que la habitan ha nacido este libro palpitable de gracia y de emoción, modelo de saber comprender, de saber sentir. Ciencias difícilísimas que siempre ignorarán los mediocres.

Terminada la lectura, he cerrado el libro, lo he puesto en un estante junto a otros de Manuel Arce, de José Hierro, de Gabriel Celaya, de Blas de Otero, de Ricardo Molina, de Fernández de Castro, de Susana Marc, de Angela Figuera, de Carlos Bousoño, de Leopoldo de Luis, de José Luis Cano.

Nous irons à Santander...

Y he suspirado con melancolía, con la melancolía — y la impaciencia — del que espera un tren que no llega. Pero no hay que impacientarse, no hay que desesperar. Tarde o temprano, el tren llegará.

Y entonces, en compañía del buen amigo, del excelente amigo que es Roger Noël-Mayer, *nous aussi, nous irons à Santander*.



Un novelista español injustamente olvidado

EDUARDO ZAMACOIS

por F. Ferrándiz Alborz

LO de olvidado es muy relativo. Depende del gusto literario de los lectores y del conocimiento que se tenga de la vida literaria española e hispanoamericana. Pasan las modas literarias, cada generación se presenta con una nueva tabla de valores estéticos, pero la historia del arte, la de la literatura, muestra desde los siglos nombres permanentes, incluso del ayer hoy olvidado, que pasarán al mañana por encima de los caprichos y las propagandas interesadas de cada época. Y a la par de los grandes maestros, los «pionier» buscadores de una realidad humana que se haga realidad literaria, algo así como extensos valles que hacen destacadas las elevadas cumbres, valles en los que la savia fermental del arte permite a los hombres formar un gusto cada vez más exigente para la valoración de las obras del espíritu.

En el transcurrir de algunas décadas hemos podido observar que ya no se había de escritores que fueran nuestra devoción de juventud, pero el gran devorador, el olvido, se va tragando también a quienes ayer no más extendían certificados de denuncias de sus antecesores. La vanidad de los artistas es la gran meretriz de las valoraciones. Tres grandes novelistas españoles fueron los de mi predilección: Benito Pérez Galdós, Vicente Blasco Ibáñez y Gabriel Miró. A B. Pérez Galdós lo han dado por muerto literariamente los sacristanes de la Falange. A Vicente Blasco Ibáñez vimos aerocarcar el monumento que en Burjasot (Valencia) le erigió la admiración popular. A Gabriel Miró han pretendido ofenderlo y negarlo jesuitas y rastacueros del nuevo estilo, pero el gusto de los lectores sigue buscando las novelas de Galdós, Blasco Ibáñez y Miró, mientras se han desvanecido, envueltos en sombras de resentimiento y envidia, sus detractores.

Eduardo Zamacois fué para el autor de estas líneas un introductor a la literatura naturalista. En 1916 me hallaba como soldado voluntario en el Regimiento de Infantería, Mallorca N° 13, de guarnición de Valencia. Entre el pelotón de soldados que aprendíamos la instrucción, había uno, de unos treinta años de edad. Retrasó su incorporación a filas por hallarse en América y tuvo que acogerse a una amnistía para poder regresar a España a cumplir su servicio militar sin recargo, pero tenía que cumplir los tres años de reglamento, lo que, para su edad, resultaba muy pesado. Siempre estaba triste, tristeza que aumentaba la palidez amarillenta de su tez. Padecía unas endémicas fiebres palúdicas que había adquirido trabajando en la Zona del Canal de Panamá. Años después, deambulando yo por esas mismas tierras tropicales, me miraba al espejo y en mi palidez amarillenta recordaba a aquel triste amigo.

Un día me vió leyendo a escondidas de sargentos y oficiales. Quienes no han experimentado la emoción de leer a sabiendas de que leer es un peligro que puede costarnos la libertad, no han experimentado una de las más fuertes emociones intelectuales. El libro de entonces era «La Catedral», de Blasco Ibáñez. Se me acercó el ya amigo y me dijo:

—Tenga cuidado. Que no le vean.

Esa es una de las novelas prohibidas en los cuarteles — y a renglón seguido—: ¿Ha leído algo de Zamacois?

—No lo conozco.

Me dió a leer «Tick-Nay», que fué como el eslabón para inmediatas lecturas de Zamacois editadas por Sopena: «La Enferma», «Punto Negro», «Loca de amor», «Memorias de una cortesana», «Sobre el abismo», «El otro», «El misterio de un hombre pequeño». Y a continuación la crónica de viajes, «Europa se va», publicada en resumen por aquella ejemplar escuela de lectores que fué «La Novela corta». Por entonces Zamacois publicaba en «El Mercantil Valenciano», bajo el título general, si la memoria no nos es infiel, de «Cuenta Caminante», una serie de artículos de viajes por España que eran una gracia de color, de realidad, de melancolía descriptiva ante la dura vida española, de desenfado ante los convencionalismos, de exaltación del ser y el expresarse de nuestro pueblo. Y seguimos atentos su producción novelística y periodística hasta llegar a libros tan profundos como «Memorias de un vagón de ferrocarril» y «Los muertos vivos». Naturalmente que esta denominación es pequeña ante más de cincuenta títulos que alcanza la producción literaria de Zamacois. A lo que habría que agregar, haber sido el fundador de «El Cuento Semanal» (1907) y «Los Contemporáneos» (1909), publicaciones que «Andrenio» consideraba «viveros de buenos novelistas».

Cierto es que la nueva novela, de angustia social y teológica, existencialismo de doble faz, ha dejado de lado a la novela de la angustia del hombre, la preferida por Zamacois, y se nota un desplazamiento de los lectores hacia lo abstracto humano y lo concreto divino — aunque parezca paradoja—, indiferentes los lectores ante su propio destino de hombres de carne y hueso, según los definía aquel precursor del existencialismo que fué Unamuno, como los prefería también Zamacois en una serie de cuentos «De carne y hueso».

Seguí la producción literaria de Zamacois hasta vísperas de la guerra en España. Luego la guerra lo quemó todo, incluso los libros de Zamacois que llenaban el anaquel de mi biblioteca. Superados después campos de concentración, cárceles, verdugos y años de exilio, el afán de lectura nos si-

tuó un día ante la novela «La antorcha apagada», de Zamacois, editada en Buenos Aires. Las referencias me dicen que el autor vive exilado en Buenos Aires, artista de la palabra, obrero de la pluma, ganándose el pan con el sudor de su espíritu. Como tantos españoles, ha preferido la dignidad meditativa del silencio, la nostalgia a la ira, el dolorido sentir a la sonrisa complaciente. Producto de esa meditación comprensiva es su última novela. Un escritor que a los ochenta años nos ofrece una novela como «La antorcha apagada», puede mirar serenamente a la esfinge de su destino. Que publicara «La enferma» cuando tenía dieciocho años no dice nada. Muchos son los cretinos que han escrito libros promisorios a los dieciocho años, pero fueron sencillamente malogrados partos de cretinos. Lo deslumbrante es mantener el ritmo creador durante el transcurso de una larga vida y llegar a los ochenta años con una pulsación trascendente, de alma de artista, para quien la edad ya no cuenta porque se ha fundido con el tiempo.

El tema de «La antorcha apagada» es bien de Zamacois. Hemos aludido a su «angustia del hombre», que en su temática es angustia del sexo. Desde Freud, intérprete de los símbolos clásicos, se sabe que toda frustración de vida viene condicionada por una frustración de sexo. Esa es la tragedia de Mario el «Empollón», personaje central de la novela. Se le apagó su antorcha diferencial, no tanto por desgracia patológica cuanto por inhibición tímida en su convivencia de hogar y colegio, hasta el grado de cegar las fuerzas creadoras de su instinto. La deformación le crea un superagudizado complejo de inhibiciones que mantuvieron despierto su sentido de valoración intelectual responsable. Y esa es su tragedia: imposibilidad de ser lo que moralmente debiera ser y voluntad de no ser lo que la degeneración le incita.

La novela es un alerta a los padres, maestros y profesores, responsables del desarrollo armónico de las apetencias físicas, mentales y morales de hijos y alumnos. Padres y educadores que no siempre tienen en cuenta que «hablar a un niño es sembrar en su conciencia».

Zamacois, aunque discípulo de Zola en la tendencia naturalista, no es un naturalista de escuela

literaria. Sus creaciones no son el simple resultado de un ver y contar lo que se ha visto, sino un extraer, del ver y pensar, la síntesis de una expresión vital, en tipos bien caracterizados. Su primera época literaria, de efectos eróticos, fué rápidamente superada. (Sería interesante esclarecer críticamente, cómo los principales novelistas de tendencia erótica en la novelística española fueron tres escritores nacidos en Cuba: Zamacois, que nació en Pinar del Río, Hernández Catá y Alberto Insúa. El segundo cubano por parte de padres y de nacimiento, pero cuya vida literaria se desarrolló en España. A este grupo hay que agregar a Felipe Trigo, que vivió como médico militar en Filipinas, influido también por el clima tropical y colonialista. Los dos más afines por su selección superativa en su temática, son Alfonso Hernández Catá y Eduardo Zamacois. «El ángel de Sodoma», del primero, es un valioso antecedente de «La antorcha apagada». En esa misma tendencia se malograron literariamente dos finos analizadores de las pasiones humanas: el marqués de Hoyos y Vinent y Joaquín Belda.

El estilo de Zamacois supera el naturalismo para recrearse en un complejo de realismo psicológicos. No ese realismo documental que tanto abunda, realismo por acumulación. Que Zamacois pasara algunas semanas entre presos para escribir «Los muertos vivos», y que viajara durante un mes como ayudante de maquinista para escribir «Memorias de un vagón de ferrocarril», nada añade a su realismo. El detalle mecanicista, necesario para la objetividad realista, nada agrega cuando no se tienen dotes creadoras más allá y más acá de lo inmediato. El realismo de Zamacois llega a la entraña de sus personajes, situándolos en clima de choque contra la tragedia cotidiana y con la tragedia última, la que se desvanece al caer el telón de la vida. Tal es su realismo trascendente, que a veces envuelve en una mueca de desdén todas las vanidades, para terminar con una fina ironía como testimonio existencial del desenfado de sus criaturas.

Si Zamacois hubiera sido un conformista, hoy sería en España un académico gozando las delicias de una holgada situación producto de claudicaciones. Pero Zamacois tenía vocación de pueblo y estuvo con el pueblo, ese pueblo al que tantas veces había exaltado en sus libros, por eso lo siguió en su misión de exilio. Hoy se halla en Buenos Aires, artista de la palabra y obrero de la pluma, ganándose el pan con el sudor de su espíritu. He ahí el argumento de su definitiva novela que ojalá algún día nos deje escrita en el libro de sus memorias.

SENDAS EN ESPIRAL POR LAS RUTAS DE LA FRATERNIDAD

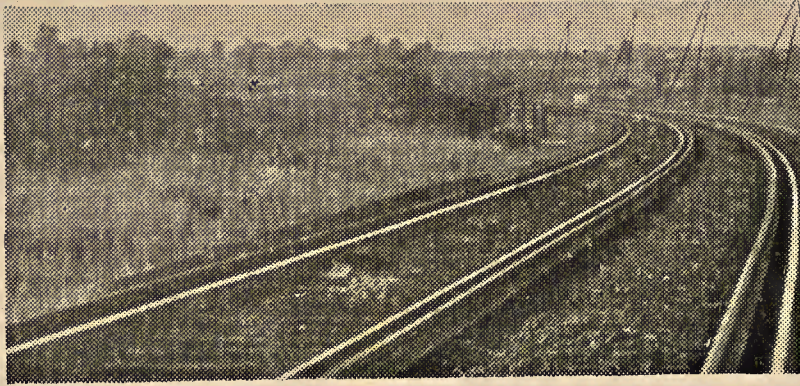
EL SABIO DE GORRO FRIGIO

Galatz, 9 de julio.

¡Non bis in idem! Esta sentencia se confirma una vez más, ahora, cuando me encuentro nuevamente en Galatz. En mis periodos de vagabundeo, no vuelvo al mismo lugar si no me obliga cierto compromiso. Me bastan las primeras impresiones, frescas, inmediatas. Sentir intensamente, percibir y asimilar con avidez, abarcar con la mirada paisajes, figuras, movimientos y matices en su conjunto pintoresco — y cambiar siempre las perspectivas, el medio ambiente; respirar el aire ligero o pesado, fuliginoso u ozonado, refrescante o cálidamente envolvente, según el sitio y la altitud — respiración que modifica el pulso de la sangre y la lucidez de la mente, que refrena o desencadena los impulsos del cuerpo y los anhelos del alma — esto es: la vida pura, íntegra, en plena libertad... No quiero fijar mis raíces en ninguna parte. Sino peregrinar — humilde mundo a través del múltiple universo — atesorando en lo ilimitado del espíritu y en las colmenas de la conciencia cuanto más «realidades», cuanto más verdades «objetivas» que se funden y luego cristalizan en verdades personales.

Esta tarde, leyendo o escribiendo en mi cuarto del hotel, espero la reunión donde hablaré a los que saben escuchar una confesión y aceptar algunas ideas vivas, algunos principios de acción, para seguir luego con sus dones y su devoción de las sendas que, cual afluentes en un río, se aunan en el gran camino de la comunión humanista, de la cooperación creadora entre individuos y entre pueblos. Todavía faltan algunas horas hasta la reunión. Alguien viene a acompañarme, para dar un paseo. Y, por azar, me hace conocer a un «tipo» algo raro, de esos que perduran en rincones alejados y que representan, en su pintoresca persona, una mezcla de idealismo y charlatanería, de erudición abstracta y habilidad práctica.

Lo llaman el «Capitán». Quizá, por ser un militar jubilado. Es un anciano despierto. Nos muestra, primero, su jardín atestado de flores, legumbres y árboles frutales. Lo cuida con esmero, con cariño de maníaco. Trata de engañarnos con sus «plantas exóticas, traídas del lejano Oriente», y que no son más que espinos comunes, pero muy crecidos gracias a sus abonos y regadíos. Nos expone su teoría acerca de los injertos forzados y nos ofrece, con sarcástica sonrisa, la diminuta flor de no sé qué yuyo que los creyentes suelen colocar en el lecho de los moribundos. Luego, en su casa (un pabellón de madera, sin tejado y con ventanas tapadas, rodeado por fuera de una escalera que lleva arriba, a una terraza cargada de floreros y, abajo, a un sótano con mil cosas y cositas de



alquimista aficionado) el «Capitán» nos ofrece una copita de licor destilado por él mismo, algo «extra», la esencia riquísima de los pétalos de cierta rosa que florece cierta noche de mayo en su jardín. Nos insta a probarlo, ya que su elixir nos hará «perder el peso corporal por la anulación de la ley de la gravedad».

La finca sirve también de sede a un «Círculo de ciencias positivas». El anfitrión nos lee un programa tan extenso como caótico: ciencias naturales y magia, agricultura y técnica eficiente, medicina veterinaria y política depurada de politiqueros. He ahí un párrafo de este programa milagroso:

por Eugenio RELGIS

«Einstein ha logrado calcular el peso de la luz. Nuestro Círculo de ciencias positivas se propone pesar las tinieblas. ¿Cuántas toneladas de luz se necesitan para extirpar las tinieblas de la ignorancia en nuestro país?»

El viejo nos muestra los folletos que publicó en el correr de los años; empezó con el anarquismo para ensalzar el socialismo y finalizar con la exaltación nacionalista. Exhibe grandes láminas acerca de la evolución de las células y los órganos en los vegetales y animales, hojas sueltas con sus proclamas políticas en verso... Habla y habla. Lo escuchamos aturridos, mareados por el calor sofocante del «studio» oscuro. Allí, los miembros del Círculo, hacinados en bancas y taburetes, siguen sus clases, sus arengas sociales e improvisaciones líricas, y toman el té de menta graciosamente servido por la mujer del «Capitán».

En verdad, la provincia si no mata a sus idealistas, los vuelve enajenados. Pero el «Capitán» se mantiene írrme y gallardo, desafiándola desde su ciudadela «científico-agricola-literaria». En la prudente mediocridad de esta ciudad, él «cultiva» a sus discípulos: les inculca por lo menos el picante sabor de la aventura intelectual o de las iniciativas atrevidas.

Al anochecer, después de mi «exposición de principios», más bien

una charla cordial ante un grupo atento, en la biblioteca de un profesor, la pícaro figura del «Capitán» se me apareció como una advertencia: —«Cuidado, mi joven amigo — dijo cuando nos despedimos —. No pidas demasiado al novato. No le sometas a grandes pruebas. Dale un poquito de todo.

Con la cucharilla. Hazle asimilar la verdad, paulatinamente, sin forzarlo. ¿Una nueva doctrina? ¿Una acción positiva, arriesgada? Dale un melocotón de tu jardín y luego una mitad de la verdad; dale una copita de licor de rosa y luego la otra mitad de la verdad... Quien viene a preguntar una idea nueva, tiene que vestirse de saltim-

banqui: la plebe no faltará. Entre muchos ingenuos y papanatas, algunos hombres serios llegarán a ser tus compañeros. Yo sé lo que hago, aquí, en mi jardín cuyo guardián es un macho cabrío, y en esta barraca con apariencia de castillo. Pues la necedad es como el tonel de las Danaides: nunca sobran en este mundo la ciencia y la sabiduría. Pero la maldad humana es mucho más tremenda: ¡no la irrites con tu humanitarismo! Antes que todo, dale *panem et circenses*...

Empero, apretando las manos de mis oyentes, algunos jóvenes que recién ahora penetran en la arena social, algunos luchadores aguerridos y otros ya encorvados por sus duros trabajos, he sentido que el hombre puede hablar fraternalmente a cualquier hombre. Sin báculo de apóstol, sin varita de hechicero, puede acercarse al corazón de los semejantes con toda simplicidad, y despertar el amor oculto en cada uno. Por encima de las verdades temporales de la sociedad, perdura la verdad esencial de la humanidad y de la vida universal que todos debemos exaltar con nuestros anhelos de superación.

Con este pensamiento, apresure mis pasos hacia la estación. El tren gemía en la noche, pronto a arrancar con las cargas de penas, dolores y esperanzas, siempre re-

novadas, de los viajeros por este bajo mundo...

LOS VERDADEROS HEROES

Hacia Bucarest, pasando por la Estación Vintileanca. 10 de julio.

...Estoy de vigilia en mi rincón y, como siempre en estas horas, la conciencia desciende en los escondrijos del alma, cual un minero en sus galerías. Cada vez que estoy ensimismándome, me sumerjo también en la vida del mundo. En la otra vida silenciosa, inagotable, purísima. Como en un baño balsámico, mi fatiga se disuelve en los efluvios de la eternidad.

Los siento en torno mío, en la noche recorrida por el tren jadeante: sorprende formas espectrales que aletean tras la ventanilla. Líneas vagas ondulan a lo lejos, entre dos bloques ilimitados. Uno negro, compacto: la tierra que está durmiendo con todas sus cosas y sus seres exhaustos; y, suspenso encima, el corazón cristalino del cielo, azul oscuro, con escasos centelleos astrales. Abismado en mí mismo, me parece que el tiempo se destrama también, como un torrente que se arroya y se esparce entre rocas. En mi relajamiento, me abandono, me pierdo en ese ovido regenerador que me une finalmente con el sueño de los demás viajeros...

...y al amanecer, en los lividos albores que se extienden como una llaqa vaporosa sobre las campiñas, mis ojos perciben — en los instantes del despertar — uno de los espectáculos de la tragedia mecánica del hombre. Cerca de la estación de siniestra fama (donde, hace apenas una semana, cien muertos y algunos centenares de heridos habían ensangrentado el terraplén de la vía férrea) cuadrillas de obreros y peones están cargando en vagones los últimos vestigios de la catástrofe. Algunos vagones rebosan de astillas, trozos de planchas, puertas y asientos desmenuzados; otros, de hierros torcidos y montones de chapas; y otros más, sobre sus plataformas, exhiben, dos o tres pares de las ruedas mortíferas. En un huerto, el techo de un vagón, arrojado por la violencia del choque, cual un carapacho. Aquí, un coche roto en dos mitades; al lado, dos coches penetrados el uno en el otro, macmembrados. Esqueletos de monstruos cuya carne ya ha sido devorada por quien sabe qué dioses feroces e insaciables. No hay más huellas de sangre, pero los aplastados, los desgarrados, los descuartizados estuvieron allí, bajo los destrozos y escombros, con sus máscaras horrendas, sus espasmos furibundos; sus entrañas esparcidas... con sus dolores enloquecedores, con todas las agonías: aullidos de bestias desolladas, gritos de pavor o de imploración, rugidos de rabia o maldición, bajo los colmillos y las

EL AULA DE ASPASIA



AULA, en el horrible latín escolástico y universitario de la Edad Media, significaba el calderete, en que los sopistas y aspirantes a cura rancheaban los «Locí Theológici».

En griego, sobre todo bizantino o de la baja helenidad, por aula se entiende la pompa y hasta la popa de los pomposos de la corte y el palacio.

En la alta aticidad, más sobria, menos dada a lo barroco expresivo, aula quería mero decir sala, gabinete, confidenciario, salón.

Estamos, pues, en el salón de Aspasia; en la cámara moderadamente lujosa, centro de una sociedad refinadamente culta, en que la esposa de Pericles recibe una vez cada década a sus amistades, un poco por chismorrear de variedades y de modas, y más, para platicar de letras, artes y política.

En estos lútricos de la Razón risueña, la anfitriona viste una ligera túnica de vaporosa gasa de Cos, que le da el aire de una mariposa libando en un búcaro; raramente, en alguna solemnidad, se adorna con los deslumbres de una púrpura del cabo Tenaro.

Amenizan la reunión cupidos, egipanes y Dionysios borrachos como cubas o atrapando ninfas tras un seto, en bronce o en vuelo por las paredes. Y más positivamente la animan aulétridas mágicas o tocadoras de flauta de Mitilene; danzadoras sirias o gadi-

tanás; citaderas, con un simbólico cinturón de corazones asaetados por Calipso, ex alumnado del gran Timoteo.

La despampanante milesia, dueña de la casa, tan pronto salta a la comba sobre víctimas de sus encantos; como tronifica igual que Juno a la diestra de Zeus, en los conciertos de estampidos y pavor, con que el Tonante nos amedrenta a sus criaturas.

El cortejo, de que más de una vez se rodea sin empaque la ateniense perfecta por su intelecto y por adopción, en estas tertulias, es tantito abigarrado.

Lo constituyen tipas de la caturra que específico destinatin.

Una egipcia de Heracleópolis, profesora de voluptuosidad, con un cuello como un ibis, y una mollicie de balanceos en la marcha, que semejan los de un loto, medido por la brisa matutinal en los canales del Delta.

Son también decoro del cuadro 2 hetairas corintias de Metaponte, llamadas en esta sinagoga maestras del placer. Una de ellas es, a ratos, modelo de pintores y escultores. La otra aprendió de niña entre marineros salaminios las ondulaciones más helespónticas; los ritmos de péndulo más descerebradores; y los ronroneos de gata pérsica, con que ahora se gana la vida. Por lo demás, hasta en los templos de Delos y Olimpías y claustros de mayor severi-

dad, se profesa en el siglo V la religión de que la cortesana que con su hermosura, su elegancia o su ingenio hace olvidar su infame tráfico, deja de ser una mujer impura. Si es una sublime artista del deleite, a más abundancia de motivos.

Acude a las citas de Aspasia una ex esclava inclusive; a quien su amo hubo de emancipar, porque autorizada para asistir a las lecciones de Platón, pronto fué la cicládica —era de Amorgos— la campeona de la Academia. La filosofía le dió la libertad. Tiene, además, un talento matemático asombroso; y sólo pueden conversar con ella Calicrates y los arquitectos del Partenón.

El resto de la pandilla lo integran damas y damiselas, que llevan nombres de diosas —y por sus poses de estatua, a veces, lo son—; de Musas, de mitos de su sexo o de las 3 Gracias: Artemisa, Euterpe, Eufrosina, Aglaé.

La que lleva la batuta en aquel orfeón, tiene para cada una de sus huéspedes o vistas un cumplido, un halago, un ratimago, un prologo de educado gusto.

A ésta le dice que Policreto, en sus torsos, le copia la línea dulce de los riñones.

A ésa, que la fina curva de su seno, parece la de la concha venusina, o la de la copa en que bebe su Lesbos, más añejado que él, el poeta teyo Anacreón.

A estotra que tiene el verde áureo de oliva, de los ojos de Palas. Y a su compañera de milicia erótica, que los suyos son del azul dorado líquido de los de Afrodita; y su cutis del nácar de la cuna, en que la soberana celeste nació.

A la de más allá, que ella es la prueba viviente de la teoría de Anaxágoras; que sostiene que el mundo y sus hechuras mortales son oora de una inteligencia divina.

A una doncelluela de la Katápolis (ciudad baja) la ruboriza con el requiebro de que vence en frescura al «Amor enguinaldado de Rosas» de Zeuxis.

La verdad es que estas sirenas lo mismo da que sean de Naxos, que de Lindos o de Corcira. Todas son un primor. A Fidias se le cae la baba mirándolas morder frutos del Tempe y sirupar mieles de viña téneda en vasos que orlan floralias de frigor castalio o de una aurora de Cnido.

Pericles, para no marearse, juega con su hijo, un paidarion de 3 años, y se deja vencer por él a la palestra. A un capitán de la guerra del Peloponeso, que lo contempla embebecido, le dice muy padrazo: «Este muñeco es el señor del mundo. Rueda como una perinola a su madre. Esta hace y deshace en mí. Yo manipulo a Atenas. Y la Acrópolis se les sube a hombros a montes y mares».

—¿Nos volvemos, pues, hegemónicos? —pregunta, escamado, el héroe.

—No. El Ateneo es una república democrática, sólo que con 2 reinas inmortales: la belleza y la sabiduría. Por eso, a la exquisita de ensueño se la llama la ciudad coronada de violetas. La penetra el aroma de esas flores, el encanto de su color de uvas, empolvadas de un cremor de leche y de marfil, en que revienta la ternura de sus capullos. Sin que le falte la prudencia de su matiz albicante, que acusa la madurez del juicio. Mira nuestras féminas. Poseen la esbeltez y el agudo brío de una columna jonia. El espesor dorado ni a su maternidad le va. El rubio ateniense, distante del ahornagado crético, del de quincalla y comercial de Rodas, y del nuboso y mijado de Tesalia, lo suaviza una sacarinidad de caramelo. Cuando sale de su casa un palor virginal de esta medida, hace caer en éxtasis a la calle y suspende el hábito a la creación entera. Son sus entrañas las autoras de esos Esquilos, que escriben como leones; y como estos Hércules selváticos, se baten por el equilibrio geométrico en Potidea y en Ampípolis.

ANGEL SAMBLANCAT

POR LAS RUTAS DE LA FRATERNIDAD

garras de las fatalidades humanas...

En verdad, el hombre es el creador de sus propias fatalidades — más horroríficas, más catastróficas a medida que se desarrollan los progresos técnicos, científicos, económicos, sociales, de la maléfica civilización moderna. El heroísmo de la vida cotidiana es más grande que la esporádica embriaguez asesina en los entreveros bélicos. El maquinismo avasallador, la industria gigantesca y el tráfico frenético destruyen y matan en el correr de los años más que la guerra misma. Pero el mecánico mutilado, el viajero atrapado por las ruedas, el sabio corroído por el radium, el artista que se desploma en el escenario por un síncope fulminante, los sacrificados del trabajo, de la ciencia, del arte desaparecen en su mayoría sin los laureles de la gratitud y de la «gloria». De la hipócrita gratitud y de la gloria desafiante de las cuales gozan, en vida, el reluciente y cínico general, carnicero de pueblos, y el tirano «salvador», verdugo de las muchedumbres esclavizadas. Los humildes, los anónimos

conmueven la «Opinión pública» sólo cuando perecen en masa, en los cataclismos de la naturaleza y en los accidentes espectaculares desencadenados inesperadamente por el hombre mismo. Miserable compasión póstuma, solidaridad tardía ante lo «imprevisto», lo «fatal», la «mala suerte»... ¿Cuándo llegaremos a descubrir y practicar esa elemental y espontánea solida-

ridad para con nuestro semejante; a esa convicción activa, a la vez prudente y generosa, de que el ser humano — y aun todo ser viviente — es una frágil y maravillosa envoltura en la que vibra, palpita y se renueva la sangre de la eternidad creadora?

...Pero, en el sanguinolento amanecer, los horrendos esqueletos de hierro de los vagones destrozados parecían reirse burlonamente de mi pregunta. Y a través de sus muecas frías y de sus rígidas contorsiones, yo veía allí, en el incandescente derrame del sol naciente, toda la sangre que las naciones enemistadas y los ejércitos de asesinos amaestrados de la Humanidad habían vertido y vierten todavía para sus estúpidas egolatrias y locas vanidades, y para los falsos ideales y los fantasmas llamados «divinos por los amos temporarios y por sus sirvientes oscurantistas. Ideales quiméricos, divinidades embusteras, que no son más que las alucinaciones satánicas de la mentira y la codicia, del odio y del crimen sin expiación alguna...

FIN

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948

Giros: C. C. P. Paris 1350756
Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe
(PARIS X)

TELEFONO

Red. y Adm. BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL

Trimestre 2'40 N. F.

Semestre 4'20 "

Año 8'40 "

Extranjero (año) 10'00 "

Extranjero (por avión)

América del Norte 15'40 N. F.

América del Sur 19'00 "

* Sobre «Platero y yo» *

IV. — El sentimiento de la naturaleza

El sentimiento de la naturaleza es vivo y hondo en Juan Ramón. El poeta impregna, con frecuencia, las escenas naturales que describe de sus propios sentimientos finos y delicados. No es pintor objetivo de paisajes, a la manera de Azorín, sino que exterioriza, como Unamuno, el paisaje de su propia alma o, si se quiere, es uno con el paisaje y expresa su sentimiento personal de él. No se trata de paisaje visto, sino sentido. Juan Ramón reviste la naturaleza de su propio mundo poético, del que se desprenden una frescura y un gozo únicos.

El poeta, no describe, de ordinario, montes ni ríos, ni campos ni verdes, selvas frondosas, sino que nos ofrece más bien aspectos característicos de los seres y de las cosas de la naturaleza por medio de imágenes plásticas originalísimas muy sentidas. Esas imágenes nos presentan una naturaleza rejuvenecida por obra y gracia de la poetización.

No existe fenómeno natural que no conmueva al poeta. Las flores le encantan, pero el sol que se hunde en el horizonte sume en éxtasis su espíritu y conmueven su ser las tempestades que no perdonan (54) y el soplo del huracán violento. En ocasiones, la nostalgia más íntima (46, 69) corre parejas con las ideas más alegres (16). Por ello, podemos decir que «Platero y yo» es, en el fondo, un poema en prosa en que se mezclan risas y lágrimas (Cf. *Advertencia preliminar*).

Cuando nos habla el poeta del campo, los trigos se nos muestran «goteados de sangre de amapolas» (36); el alma del vate es un «lirio en la sombra» (71); las manos de una muchachuela son naridos blancos (75). La imagen domina por doquiera como en las obras de la segunda época.

Hay un verdadero desfile de flores: las margaritas (34), las malvas y madre selvas (117), la flor del naranjo (*Ibidem*), las lilas (65), etc., etc. La reunión de todas esas flores, tan variadas, tal vez constituyan la gama riquísima de colores que se advierte en la obra entera de Juan Ramón.

Hasta los pájaros son objeto de la solicitud del poeta. El número considerable de animalejos que



salen en «Platero y yo», son prueba evidente e irrefutable del amor intenso del poeta hacia la naturaleza y hacia los seres que en ella alientan.

Vemos cruzar ante nosotros los revoltosos gorriones (85), los faisanes y pavos reales (93), los gallos (42), las graciosas y tímidas golondrinas (47). El grillo chillón (42) le inspira precioso poema. Lo mismo sucede con la chicharra (40), que se divierte tal vez serrando «un pino al que nunca llega».

atormentada por inquietudes graves, puede refugiarse y buscar la paz y el sosiego interior.

V. — Las imágenes

Cuando el señor Mabilleau habla de las imágenes en la obra de Víctor Hugo (*Op., cit.*, pág. 157), nos dice: «L'image originelle est précise, sans nuances, parce qu'elle est formée par une série de contrastes. Elle est violente, parce qu'elle résulte d'un effort, ou tout au moins qu'elle correspond à une expansion surabondante

por J. Chicharro de León

Cada animal, como cada flor, se designa, de ordinario, con epíteto preciso expresivo de la forma o el color: las mariposas son leves y blancas (113) y los trigos ondean «verdes de luna» (43). Los loros son «verde y rojo» (78).

Se complace el poeta en la claridad del alba (96), en los resplandecientes rayos del sol (19) y nos presenta las cuatro estaciones revestidas de sus típicas galas (19, 40, 76, 99).

No existe un solo instante del día que no sea descrito, desde el alba (96) hasta la noche sombría en que cesa todo trabajo humano y los hombres se entregan al reposo (68, 83, 95) y, mientras la luna rueda sobre la altura (25, 75) el alma sueña grandeza contemplando el cielo estrellado (60).

Al contemplar los campos, el poeta nos descubre sus sentimientos íntimos, su goce profundo al contacto de los trigos (36), de las eras (83), del paisaje (51). ¡Qué placer experimenta el hombre al atravesar las praderas y colinas verdeantes (33) y recrearse en los floridos jardines (27, 80) y en las campiñas sin fronteras (64)!

Nada tiene de particular que el poeta sienta horror santo del ruido de la ciudad en fiesta y que exclame, al contemplar el espectáculo del Carnaval: «No servimos para estas cosas...» (62).

La naturaleza es para Juan Ramón un amable espectáculo y un apacible asilo en que el alma,

d'énergie cérébrale. Enfin elle est concrète et donne l'impression de la vie, parce qu'elle résume une tentative d'aperception immédiate et totale».

Si de Juan Ramón se trata, la imagen no es jamás violenta. No se nota esfuerzo en el autor español al crear sus metáforas. Diríase que brotan espontáneamente del alma del poeta al choque de la visión de las cosas existentes o del espectáculo que el mundo nos ofrece. Esta visión es siempre clara y precisa, es decir, concreta.

Vemos en las imágenes de Juan Ramón una plasticidad concreta perfectamente delimitada. La golondrina «riza su gorgojo en el pozo» (18) y charla sin tregua en «su rizado gorgojo» (48). No oímos el concierto de las aves, sino «un libre concierto de picos frescos y sin fin» (18). Gracias al poder de la metáfora, no cabalgamos sobre el lomo sedoso del amable asnillo, sino que vamos caballeros en «la blandura gris de Platero» (21).

Las imágenes se acumulan con frecuencia. Se trata siempre de imágenes originales y nuevas en la literatura española moderna.

Cuando nos habla el poeta de su asnucho, no se detiene un punto a insistir sobre el color gris del animalejo, sino que nos presenta

un oleaje de carnes de plata (27).

La imagen concreta y precisa, fácil de reconocer y muy de Juan Ramón, se expresa en ocasiones

en extremo numerosas:

Las grandes habichuelas de sus [dientes amarillos (34)

El camino asaeteado de estrellas [de mayo (36)

Un campo goteado de sangre de [amapolas (36)

En otros casos, la audacia de las imágenes corre parejas con la indiscutible originalidad:

El retr fresco de las mujeres (37)

Los afilados ladridos de los perros [rrros (37)

Las campanas, con su pregonera [coronación de bronce (51)

Emplea, a veces, con elegancia y soltura personalísimas, los procedimientos de los autores griegos y latinos. El poeta no nos habla del «amparo de la escalera», sino que nos dice:

Las gallinas se fueron recogiendo en su escalera amparada (44).

Los patos salvajes atraviesan el espacio, mas no oímos a esos animales, sino más bien

un incesante pasar de silbidos claros (56)

La imagen constituye, en ciertos casos, una verdadera creación idiomática, es decir, una creación muy propia del vate andaluz:

Hay un canto roto de grillo (64)

Existen pasajes en que la belleza de las imágenes es tan subida, que la traducción resulta difícil, por no decir imposible:

En derredor de la torre escarlata, las palomas

tejen sus guirnalda de nieve encendida (52-53)

Giró vertiginosamente en un redondo aullido y cayó muerto (54)

La imagen plástica adquiere una realidad concreta, que no es dado negar:

Se diría un caracol debajo de su casa (90).

Abría sin cesar su preso vuelo [policromo (1.6)

En suma, en «Platero y yo», obra en prosa, hallamos un conjunto acabado de imágenes poéticas de hondo lirismo y de inconfundible originalidad. ¡Cuántos libros de versos, que gozan de cierto renombre, nos brindan menos belleza y riqueza de imágenes!

VI. — El humorismo

No pretendemos presentar a Juan Ramón como humorista, pero si afirmamos que la nota humorística sale a la luz en «Platero y yo».

Habla el poeta de Campoamor, ese vate que gozó de gran nombradía, aunque su poesía fué modelo de prosaísmo y de desesperante superficialidad y, sin malicia ofensiva, nos dice que ese buen abuelote era

otro canario viejo (91)

El Diccionario de la Academia, en el apartado «Asnografía», explica que se dice «irónicamente, por descripción del asno». La ironía de Juan Ramón salta viva al exclamar:

Asnografía... se debe decir, con ironía, ¡claro está!, por descrip-

LLIBRE D'ANDORRA

Próxima a agotarse la edición catalana de este agradable libro de nuestro amigo el pulcro y agudo escritor Luis Capdevila, anúnciase ya la aparición de la traducción francesa «Livre d'Andorre».

Auguramos un nuevo y merecido éxito para Luis Capdevila.

NUESTROS COLABORADORES

José Uriel García



NACIO en el Cusco, la ciudad de los incas. Tan pronto como terminó la Media, fué nombrado preceptor para una escuela de campesinos aborígenes, no lejos de Cusco (1907). Poco después ingresó a la Universidad, donde cursó Letras. Tomó parte activa en el primer movimiento de reforma universitaria realizado en el Perú (1909), mucho antes que en Córdoba (Argentina), iniciado por la «Asociación Universitaria», cuyo fundador fué, juntamente que otros estudiantes. Aquel movimiento triunfante trajo por tierra a la universidad colonial, teológica, reaccionaria, trocándola en un centro influyente en el progreso material e intelectual del Cusco, a cuya cabeza fué puesto un joven e inteligente rector norteamericano, que fué dócil traductor y guía de los anhelos de la juventud de entonces. La Universidad del Cusco fué esa vez la primera «popular», de acción «extensa», en el sentido de su influjo práctico, constante en el espíritu del pueblo. Fué profesor (1915) en el colegio de «Ciencias», fundado por Bolívar, en cuyo desempeño supo conquistar, por la eficiencia y dedicación en su labor docente, la simpatía y adhesión de miles de estudiantes, que lo conocían por toda la región. Llegó a la dirección de ese plantel (1930), en el que «implantó — dentro de las modalidades políticas de la administración centralista — algunas audaces reformas, inspiradas en doctrinas pedagógicas progresistas, como la

coeducación y la autodisciplina. Permitió la matrícula, en ese colegio para varones, de algunas señoritas que no eran aceptadas en los colegios para su sexo, por su poco fervor religioso. En los últimos años de la Media, implantó la autodisciplina, entre los mismos alumnos, en lugar de los «inspectores», a quienes, generalmente, se les escogía entre los licenciados del ejército. Esas medidas, entre otras, le concitaron la censura de santos y reaccionarios, fue denunciado ante el poder judicial, por el agente fiscal, por delito «contra la fe pública» y por el instructor militar del colegio, ante los ministros de Guerra y de Educación, por «suprimir la disciplina» (militar, en este caso).

Aprovechándose del movimiento político que trajo abajo al gobierno de entonces, sus acusadores pedían su destitución inmediata. Pero llegó al Ministerio de Educación un hombre ponderado, electo mas tarde presidente de la República, el Dr. Bustamante y Rivero, que conocía de las condiciones docentes del acusado, y lo mantuvo en el cargo, hasta el término del año. Fué llamado a Lima y en el lapso de tres meses se cambiaron dos ministros más, a más del anteriormente mencionado. El sucesor del anterior, Dr. Lozada Benavente, quien puso en vigencia un Estatuto Universitario, reformista, avanzado, le obsequió al funcionario acusado con los expedientes enviados por iniciativa del Agente Fiscal y el Comandante, «como recuerdo de

sus amigos del «Cusco», mejor dicho, los envió a la basura. Y el último Ministro, el gran poeta y político democrático José Gálvez, muerto hace poco tiempo, dió la última solución nombrándole para la dirección de otro importante colegio nacional, en la Costa.

En esos momentos (1931) los universitarios de San Marcos de Lima, que se encontraban en intensa agitación reformista, le solicitaron su ingreso como catedrático. En efecto, renunció a la dirección del Colegio de Cuzco, y se enroló en la reforma universitaria, hasta la clausura de San Marcos (1932). Vuelto a su ciudad natal, fué apresado por orden del director de Gobierno. Fué llevado a Puno, conjuntamente con veinte estudiantes y profesores, para de allí ser internados en un campo de concentración del Amaru-Mayu (hoy, Madre de Dios), donde no se podía caminar más que a pie. Por gestiones del diputado Montes de Oca, cusqueño, y en razón de su lesión física, fué exceptuado de viajar a la selva y se le dejó en la prisión de la policía de Puno, a 4 mil m. s. el m.

Años después, los centros obreros y estudiantiles del Cusco lo llevaron al parlamento, como Senador. Su promoción hacia la política fué saludada en Lima, por medio de una manifestación social, medio poco usado en favor de un novel político «provinciano». «Verdadero representante de su pueblo y de su raza», decía en un discurso Manuel Beltroy. «García había enseñado a conocer y meditar sobre nuestra propia realidad; representa lo mejor del espíritu nuevo de la tierra». (Jorge Fernández Stoll.) «Cuando cae herida la sombra de un Mariátegui o de un Aníbal Ponce, nuestro fértil suelo produce un Uriel García o un Juan Marinello». (Discurso de Pablo Neruda.) Fué dos veces Senador. En ambas ocasiones defendió, ante todo, los derechos sindicales de la clase obrera. Hizo reconocer, oficialmente por primera vez en el Perú, a los sindicatos recién formados en el Cusco y cuyo reconocimiento fué la base de la unidad obrera. Defendió los derechos de los campesinos e hizo reconocer a las «Comunidades» para la mejor defensa de sus derechos, contra los terratenientes. Logró hacer expropiar parte de dos grandes latifundios en el valle de la convención (Cusco) Huadquiña y Maranura, en favor de pequeños comerciantes, agricultores, campesinos, iniciando así aspectos importantes para la reforma agraria, que se espera. Combatió nuevas entregas de campos petrolíferos a la *International Petroleum Co.* y de las tierras de la Selva a *Le Tourneau*, empresas monopolistas. Fué el primero y acaso el único parlamentario en América Latina que condenó la guerra imperialista en

Corea y se opuso con su voto al auxilio en dinero para sostener a las tropas extranjeras que peleaban en favor de Li-Chi-Man. Condenó la discriminación racial en Africa del Sur. Propugnó la independencia verdadera de Puerto Rico. Ejecró la destrucción de la República democrática de Guatemala. Como escritor fué y es leal con sus doctrinas pedagógicas y políticas. Tiene publicados: «El Arte Incaico en el Cusco» (1911, folleto). «La Revolución del Cusco, de 1814» (folleto). «La Ciudad de los Incas». «El Nuevo Indio». «Pueblos y Paisajes Sudamericanos». Muchas colaboraciones en periódicos y revistas importantes de Argentina, Chile, Bolivia, Venezuela, Cuba, México. Dictó conferencias en Panamá (1935), Bolivia (1935-37), Buenos Aires, donde asistió al II Congreso de Historia de América, Tucumán (en las Bibliotecas «Sarmiento» y «Alberdi»). En la «Unión Panamericana», Washington (1942), en Nueva York (1943), invitado por «*Council for Pan American Democracy*». Actualmente es catedrático de la Universidad de San Marcos.

SOBRE «PLATERO Y YO»

ción del hombre imbécil que escribe diccionarios» (40)

El poeta no puede tolerar que los académicos insulten, ni siquiera su chanza, a su simpático asnillo.

Platero se complace en comer flores... El poeta, al contemplar la escena, siente cierta envidia de su asnillo y nos dice:

«¡Quién como tú, Platero, pudiera comer flores... y que no le hicieran daño!» (104).

Sabido es que Juan Ramón admira a Ronsard. Sin embargo, cuando recita sus versos en pleno campo y el asnillo viene a frotar su cabeza peluda sobre el hombro del poeta, éste no pudo reprimir la risa amable y jovial y, no sin ironía, escribe:

Ronsard, debe haberse reído en el infierno (24)

En otro lugar, con trazo seguro y firme, nos ha dejado un retrato preciso del socarrón Arcipreste de Hita:

Es negro, grande, viejo, huesudo (101)

Cuando nos habla del Platerillo, como indicamos más arriba, nos lo presenta como pequeño filósofo,

ya que afirma que el animalito es un Marco Aurelio de los praedios (40).

El humorismo, la ironía fina y elegante de Juan Ramón, no carecen de dulzura y de jovialidad. Notemos, sin embargo, que no se trata de humorismo al modo inglés, sino de rica vena humorística que tiene raíces hondas en España.

En efecto, el humorismo socarrón y agudo del arcipreste de Hita adopta en Cervantes, hombre sin ilusiones, pero exento de amargura de alma y libre de la causticidad de Quevedo, rasgos innegables de la humanidad profunda y de sentida indulgencia. Baroja mismo, más bien que ironista, es humorista tan zumbón como humano.

Juan Ramón no constituye, pues, un caso aislado de humorismo en la literatura española, rica en ironistas agudos, sino que, es, al contrario, fiel continuador de la tradición hispana, sobre todo andaluza, cuyo estudio está por hacer, en lo que a humorismo toca.

● Terminará en el próx. n.º ●

EL INTELLECTUAL Y EL FUSIL

(Viene de la página 5)
ca, odiosa como el escarnio de un Riego. Tiene la grandiosidad cruel de la vida: Matar lo grande por la mano de lo pequeño. Y en su total aceptación está la virilidad del hombre.

Martín Núñez de Arce, caballero español del siglo XVI, prieta frente y espada fulgurante, dijo ya su respuesta al gran filósofo madrileño que, una tarde, hace treinta años, entre las sombras de un viejo claustro español, le hizo la gran pregunta descanso y esperanza de nuestro mundo futuro:

Si, don José Ortega y Gasset, tal como España es, tal como España está, para que España sea mañana lo que debe ser, es preciso, es vital, es trágicamente imprescindible unir el coraje a la dialéctica.

Manuel MORENO

UNAMUNO Y MARIAS

I

ESTE retozón Miguel de Unamuno no dejara nunca de hacernos hablar a los españoles. Claro que no todo el mérito le corresponde. Efectivamente, el hacernos hablar a los españoles es cosa bastante fácil. En la charla encontramos la forma ideal para pasar el tiempo. Pasar el tiempo, como si fuésemos estáticos figurones que contemplásemos ante nuestros ojos su transcurso. El del tiempo es uno de los conceptos que más urgentemente están solicitando una generalización de su sentido exacto. Pasar el tiempo o pasar nosotros en el tiempo. El pasarlo puede ser inmovilidad o movimiento. Verlo pasar o recorrerlo, aunque parece más apropiado decir que nos movemos nosotros en él que él en nosotros.

Lo que hay que tener en cuenta es que el tiempo es una idea. Para comprenderla es necesaria la existencia de las cosas que en el tiempo se encuentran. No es comprensible, pues, más que en relación a algo. La importancia que se le concede es la que se le da a los cambios que experimentan las cosas. El tiempo es únicamente lo que les «pasa» a las cosas, las variaciones que sufren, o la relación entre una cosa aparentemente invariable con otras que se modifican. Despreocuparse del tiempo equivale a despreocuparse de las cosas o mantenerse indiferente ante los cambios del mundo físico.

El hablar es entre nosotros una manera de olvidarse del tiempo, de perderlo, de dejarlo escapar. Los griegos, que formaron el pueblo más puramente intelectual de la Historia, encontraban en la charla el ejercicio ideal para poner en actividad sus facultades mentales, para razonar. Los españoles, no. Los españoles usamos la charla para despreciar al tiempo.

Otra forma de despreciarlo es aumentarlo extraordinariamente hasta negarle un fin. El pensamiento de la eternidad empuja a la idea del tiempo. Y el jugueteo de don Miguel concede una importancia mínima al tiempo, abismado en sus preocupaciones de eternidad. Su aspiración era sumergirse en la eternidad, pero además, y este detalle no ha sido lo suficientemente estudiado por sus comentaristas, no solamente de forma espiritual, anímica, sino material y corporal. A Unamuno, esa eternidad beatífica en la que se complacen algunas almas conformistas, no podía satisfacerle. Aspiraba a que la eternidad fuese también física. Y desde este punto de vista a Unamuno, tan espiritual él, se le puede tachar de rabiosamente materialista. No le consuela la abstracción religiosa de la eternidad del alma, ni tampoco la perennidad humana de la fama, aunque tal cosa puede llegar a creerse de alguna de sus páginas. El aspiraba a que la persistencia de la vida tuviese la amplitud indispensable para que en ella entrasen sus vísceras, su esqueleto y todo su cuerpo.

Se le considera, a menudo, como el prototipo del español, o por mejor decir, como el máximo representante del pensamiento es-

pañol, no por la posición avanzada a la que ha llegado, sino por lo fácilmente que cualquier español de los que sabemos leer, aunque sea medianamente, llegamos a compenetrarnos con él. Esto, sin embargo, tampoco es rigurosamente exacto, porque si una característica esencial verdaderamente en la obra de Unamuno es la falta de pensamiento. Dicho así, puede parecer algo brutal, pero es cierto, y, de distinta manera, se na dicho ya multitud de veces. Marías, de quien vamos a ocuparnos, no tiene una opinión muy diferente, puesto que reconoce la rotunda negativa de Unamuno a nacer uso de la razón al enfrentarse con los problemas que le preocupaban. Los comentaristas pueden diferir exclusivamente en el límite que separa lo injustificado de unas afirmaciones unamunescas según las exigencias de la razón, y el fundamento lógico y científico de otras. Pero en el fondo, todos están de acuerdo en que don Miguel no apoyaba cada irase suya en alguna de las anteriores. Ni siquiera la fundaba en algún principio racionalmente establecido. Las obras de Unamuno carecen de pensamiento, por lo menos de pensamiento lógico y disciplinado. No es extraño, pues, que los españoles, que somos generalmente reacios a someternos de buen grado a cualquier disciplina incluso intelectual, nos sintamos encariñados con ese profesor que decía cosas al parecer profundas y que al mismo tiempo nos animaba a despreocuparnos de cuanto es razonable.

De ahí que entre los intelectuales o pseudo-intelectuales de nuestro país, don Miguel produzca tal revuelo de concomitancias y simpatías. Da la impresión, al español medianamente cultivado que lo lee por primera vez, que va sacando a las páginas de sus libros los mismos pensamientos que el lector tenía dentro de sí de forma un tanto deshilvanada. Es una auténtica revelación. «Eso también lo hubiese dicho yo», piensa inmediatamente.

De Unamuno se podía decir lo que decía Ganivet en las primeras líneas de su «Idearium español» refiriéndose a las características de nuestro temperamento y

por Francisco FRAK

a las obras de Séneca: «Cuando yo, siendo estudiante, leí las obras de Séneca, me quedé aturrido y asombrado como quien, perdida la vista y el oído, los recobrara repentina e inesperadamente y viera los objetos, que con sus colores y sonidos ideales se agitaban antes confusos en su interior, salir ahora en tropel y tomar la consistencia de objetos reales y tangibles».

Como existe, además, en la exposición unamunesca un gran desorden que también se armoniza con la forma de ser de los españoles, la compenetración es total. La falta de disciplina en el pensamiento español es debida a la educación y al ambiente más que a las condiciones étnicas, pero sobre todo, a que los fundamentos de la sociedad española se encuentran en tradiciones o creencias, unas veces impuestas, otras admitidas y toleradas, pero con muy difícil explicación razonada. Los principios no están armonizados, no forman parte de un sistema ideológico que tenga cierta unidad, y cada uno de ellos, además de ser arbitrarios esencialmente tampoco sirven para justificar a los otros.

Como, por otra parte, Unamuno no escribía siempre más que la misma cosa, y todo cuanto tocaba con su pluma se le iba al mismo sujeto, la aparente disparidad de sus escritos es englobada muy pronto entre las tenazas que abre la curiosidad del lector. Pero, obsérvese, que Unamuno no despierta el mismo interés en todos los lectores. Por el contrario, su obra produce un foso profundísimo: de un lado los españoles, a lo sumo los lectores de habla hispana, y del otro los demás. Ciertamente algunas de sus obras han sido ya traducidas a distintos idiomas y que, esporádicamente, podrían volver a serlo, pero es muy difícil que produzcan un movimiento de opinión ni que lleguen a grandes masas de lectores, como tampoco conseguirán atraer realmente a espíritus verdaderamente selectos. Pueden encontrar, si acaso, una cierta comprensión entre los pueblos mediterráneos, pero aparte de ello, no hay que esperar otra co-

sa que una curiosidad pasajera en algunos extranjeros.

En España, en cambio, si sus obras no han tenido más difusión, es debido, en buena parte, a la oposición que se les ha presentado por motivos que nada tienen que ver con sus cualidades literarias o con su valor intrínseco.

El tema de Unamuno, el único, es el que la vida personal y las circunstancias sociales despiertan en cada uno de nosotros, y, además, con génesis idéntica a la que tuvo lugar en don Miguel: una educación primaria francamente religiosa y una niñez vivida en un ambiente en el que las razones que tienen relación con Dios, si razones pueden llamarse, poseen más fuerza dramática y sugestiva que todas las demás circunstancias. Posteriormente, cuando se desarrolla, la duda nace de forma irresistible e ineludible, pero sin la fuerza suficiente para desbaratar completamente la formación recibida. La lucha entre el impulso inicial y la agresiva resistencia posterior, estalla. En su más refinada calidad, en tanto que conflicto humano, es decir, razonable, no puede solventarse. Y de ahí parten las distintas actitudes. La inmensa mayoría busca la comodidad rehuyendo el problema al no poder solucionarlo, y algún individuo aislado continúa en la brecha, a la búsqueda de nuevos elementos con los que decidir definitivamente el dilema que le preocupa.

Don Miguel fué de éstos últimos, pero él supo darle un atractivo dramático que interesa a los acongojados por la cuestión y a muchos otros que estaban más inclinados hacia la indiferencia.

No dió, claro está, solución, porque no podía darla. No la tenía y probablemente no la buscó. O, por mejor decir, la buscó con el convencimiento de que no la encontraría. Muy pronto se dió cuenta de la imposibilidad de hallarla, y se limitó a plantear machaconamente las premisas del problema.

Los que nos lo resuelven a diario, presentándonos líneas de conducta y explayando ante nuestros ojos la explicación de cuantos puntos oscuros nos interesan, lo hacen de forma injustificada. En todo caso, sin que puedan convencer a un espíritu medianamente crítico. Si la fe puede abarcar las cosas más dispares, su existencia no puede conceder la tranquilidad más que a quien la posee y es inservible para quien enfoca los problemas desde el punto de vista de la razón.

No cremos que cuanto antecede levante objeciones mayores. En cambio, la forma en que Julián Marias ha analizado la obra del escritor vasco en su «Miguel de Unamuno» ha sido para nosotros motivo de varias decepciones, principalmente porque le consideramos como uno de los más agudos escritores españoles en la ac-

Julio Arístides, poeta y humanista

HE recibido un libro de Arístides, curioso por su título y presentación: «Estar en el Mundo». Su autor, conocido por su culta y aguda pluma en las páginas de «Suplemento Literario», es a la vez director de «Euterpe», revista literaria argentina, crítico, poeta, humanista y animador entusiasta de una generación de poetas por América, Europa y África.

De incansable coordinación, Arístides es de los pocos amigos de carácter ecuánime que nos brinda una amistad sincera y noble, tan difícil de obtener en estos tiempos materialistas.

«Estar en el Mundo» es un ramillete lírico que se presta al análisis psíquico y social, para definir una posición en la vida, emparentada con la existencia, rodada del amargo vivir.

Ser y estar son dos verbos inseparables directa o indirectamente en la misma cúpula de proposición:

«Ya no puedo evadirme» dice el autor: a través de su prismas, nos va introduciendo en la selva inextricable de nuestro mundo, lleno de conceptos y de marismas convencionales.

«Cada uno tiene sus propias pupilas — para verificar la curvatura del mundo; — cada uno siente su propio corazón — para orientarse hacia los signos del hombre».

La rima es libre, con un caprichoso policromado moderno con precisiones definidas, arraigadas más bien en el pensamiento que en la perfección poética. ¿Para

Unamuno y Mariás

tualidad, queriendo expresar con «agudeza» lo que tiene su pluma de penetrante, de incisivo y no de gracioso. Además, frente al revoloteo casi general de las letras españolas, indisciplinadas, asistemáticas, Mariás es una de las figuras que más se somete a la lógica, justificando casi siempre su pensamiento por el rigor con que lo desarrolla y la perspicacia que demuestra. En su «Miguel de Unamuno» abundan las pruebas de su sutilidad y de su disciplina intelectual, pero existe también una serie de ideas preconcebidas que quieren justificar ciertos razonamientos y que se comprenderían en la superficialidad casi general de los autores que publican actualmente en España, pero que no puede admitirse en la seriedad de Mariás; a no ser, claro, que se le catalogue en el otro escalafón, en el de los escritores de pacotilla que escriben lo que les mandan, más deslumbrantes y abigarrados que profundos y sensatos.

El objeto del libro, según nos explica el autor en las cuatro últimas líneas es el de salvar las posibilidades metafísicas que en-

qué sirven las reglas cuando el estro del poeta lleva un objetivo más humano que simétrico? La poesía es la esencia del pensamiento y el abstracto de las cosas.

Julio Arístides me dice desde Buenos Aires: «Es por sobre todo un libro de un hombre de nuestro tiempo que se dirige a otros hombres de nuestro tiempo. Así, solamente así se revelará en toda su dimensión, su carga de amor y de solidaridad hacia el hombre, de angustia, y descarnada disección del sér». Así habla el poeta cuando se dirige a sus hermanos los hombres desde el fondo de su corazón, el poeta es el ruiseñor del pensamiento, un cantor de libertad y peregrino de la luz, pese a que hay poetas que mueren en holocausto o que sufren el yugo de las más feroces tiranías, como es el caso de Cristóbal Vega Alvarez en España y Boris Pasternak en Rusia.

«El poeta — dijo Eugen Relgis — es un enajenado que ve lo invisible, que expresa lo que no se puede expresar, que reemplaza los vivos con los muertos...»

Aristides lo llama «Hombre al pie de la poesía, con la activa serenidad del mártir bebiendo vinagre y masticando raíces».

Aristides es poeta de algia ins-

cierra el pensamiento de Unamuno. Para ello ha ordenado, o intentado ordenar, el desorden de la producción unamunesca. Y ha conseguido dar cierta coherencia a la incoherencia inicial. Desde este punto, la labor de Julián Mariás puede calificarse de excelente, y, sin embargo, no puede llegar a satisfacer a los exigentes porque con los libros de Unamuno se puede llegar a decir cualquier cosa. Ya en vida se le reprochó el uso y abuso que hacía de la paradoja y él recabó para sí su pleno derecho a usarla. Así, se necesita una sutilidad extraordinaria para encontrar lo bien fundado de multitud de afirmaciones aparentemente contradictorias. Y lo que es más, muy a menudo no hay sutilidad humana que pueda encontrar entre algunas de sus contradicciones, el nimio detalle que las justifique, son únicamente aparentes. Por ello, cuantos comentaristas le vayan saliendo a Unamuno tendrán materia para apoyar las más variadas tesis, presentando una parte de su producción y dejando de lado la otra.

por Volga MARCOS

piración; es decir, le duele el mundo; sus frases llevan el filo místico de un luchador sereno y vigoroso. No sueña cúspides de gloria y sin embargo su revista desde el barrio de San Martín en Buenos Aires, es la que más miles de kilómetros recorre con émulos de amistad para todos los hombres liberales sin miramientos de nacionalidad ni doctrina. Es liberal y antitotalitario y esencialmente sensitivo como Gabriel Celaya; pudiendo repetirle lo que dije una vez para el poeta vasco: «Tienes el corazón demasiado abierto». Celaya, dicho sea de paso, como Cristóbal Vega Alvarez y algunos pocos, lleva en sus entrañas el alma de todo un pueblo y aguenta la pétrida losa del sepulcro ibérico. Asimismo Arístides muere en su propio contenido humano, en constante equilibrio de lo que dice y el objeto de lo que se propone: descubrir al hombre desde su ego inicial, en el sentido de lo que somos y a dónde estamos así se zambulle en la lógica racional en detrimento del verso sin perder la sonoridad de sus poemas, con imágenes plásticas, de intrínseco lirismo, llevando además los rasgos precisos de un pintor de lucubraciones humanas:

«Esos niños desterrados que nos miran a los ojos, maquinan sin saberlo un mundo de cenizas».

Julio Arístides es eco de una angustia colectiva, enigma eterno del hombre: «Estar en el mundo», ser social e individual a la vez. A veces el poeta cabalga sobre un escualido Rocinante de dudas en ausencia de sí mismo. Teje su hilo hacia dentro encerrándose en ausencia de su mundo abstracto, y al romper su capullo de seda con el diamante de sus delirios, aparece la crisálida de su ente indefinido sin que sus alas se desarrollen. Estas ausencias conducen fatalmente a su propia destrucción.

Aristides no se encierra en esa inhibición pesimista: ausculta el pecho social y anota su diagnóstico en el perfil del poema, con augurios de muerte o con rasgos de eufónica vida.

«O por aquella mujer que monologa con la muerte — junto al ombligo del hijo — que se desliza a la vida».

Vemos así cómo vive en su columna de angustias, embriagado de mundo y hambriento de luz, es «El hombre del sueño» llamando a las poternas del castillo de las horas para contemplar el corazón de las hormigas humanas.

«Los hombres, — con sus noches de memorias ciegas — y sus amaneceres de memorias sordas; —



con sus muros de calles y de arenas — y sus días de cifras y estadísticas, — y sus fábricas, — colmenas, y oficinas.

Todos sus poemas están ligados a la coyunda del tiempo y aunados al hombre; ser vertical de números y verbos.

Con tierna severidad, Julio Arístides mantiene su alma con el pristino acento de su juventud. Fiel a su propósito: servir al arte y la letras, escritor y poeta, lleva en su lírica precisiones cartesianas con definidas esencias:

«Me descubro en el mundo — con esta inevitable imposición — de estar, — de existir».

Cuán difícil es, precisamente, ocupar la superficie de nuestro minúsculo planeta para descubrir en él la cruz de carne y hueso que Arístides llama al hombre: «La Oda a Cristo»; hay que escudriñar bien su contenido humano, para descubrir en ella a la víctima defraudada por la misma religión. El mártir de Judea, que amaran los Jacinto Verdaguer, Balmes Bartolomé de las Casas, Fray Luis de León y algunos pocos honrados sacerdotes no semeja en nada al del catolicismo actual. Si Cristo volviera a nacer, sería encerrado en un manicomio o fusilado por anarquista en Rusia o en Occidente.

«Estar en el mundo» es más filosófico que poético, le falta en el milagroso abstracto de la metáfora, lo que le sobra en nobleza y humanismo con elevadas conclusiones.

Amigos paqueteros: El Suplemento Literario extra dedicado a Francisco Ferrer y a la educación racionalista, ha sido distinguido con un éxito estimable. La edición se ha agotado y prevemos demandas que no podremos satisfacer. Hacednos, pues, el favor de devolver ejemplares sobrantes si los hubiese, por lo que nosotros y los demandantes les quedaremos agradecidos.

A MANERA DE INTRODUCCION A UNA HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO EN ESPAÑA

Las luchas del pueblo español desde la Edad Media hasta el siglo XVIII

II

Donde se mantuvieron los gremios de artesanos con mayor reconocimiento y predicamento desde el siglo XIV fué en Barcelona. Durante toda la Edad Media y el Renacimiento, en ningún lugar de Europa fué más respetado y considerado el obrero, el menestral de los diversos oficios, que en Barcelona. Pero en todas partes se hicieron sentir como fuerzas populares, por un lado los gremios, por otro los municipios, con sus exigencias, reivindicaciones, condiciones de trabajo. En las Cortes de Burgos, en 1373, se establece que los precios de los salarios deben fijarlos los concejos según el costo de las subsistencias, es decir, ya la idea de un salario móvil en correspondencia con el costo de la vida. Pero como las leyes de las Cortes las dictaban los nobles y los reyes, consideran como oficios viles y bajos los ejercicios de sastres, pellejeros, tundidores, carpinteros, etc., según afirman las Ordenanzas reales publicadas en 1484, obra de Alonso Díez Montalvo. Esa vileza de los oficios se mantuvo hasta entrado el siglo XVIII e incluso hasta el siglo XIX. En la época de Carlos III, los ministros progresistas se vieron constreñidos a decretar que los oficios manuales no eran viles. Se muestra en eso cómo la aristocracia española fué de las más estériles y nefastas de Europa, a causa de su temor a manchar su alcurnia y su sangre azul con la intervención en las cosas de la producción, en las actividades industriales. La gravitación del pasado del feudalismo agrario se enfocó en la llamada nobleza española todas las posibilidades que le daban los recursos financieros con que podían contar para el fomento del progreso industrial, económico y social.

Algún día se hará la historia de España de otro modo que como historia de reyes y de dinastías, de cambios de gobernantes, y se verá entonces cuán superior es en trascendencia la historia del pueblo español y de su lucha milenaria y tenaz por el derecho.

Ya en tiempos del reinado de Aurelio, los siervos asturianos lucharon bravamente por su liberación y costó grandes sacrificios de vidas someterlos nuevamente a la obediencia y a una relativa resignación.

Tanto como contra los señores feudales luchó el pueblo español contra los señoríos eclesiásticos, que casi monopolizaban las buenas tierras de cultivo en el período de la llamada reconquista. Se otorgaban a las congregaciones religiosas privilegios como a los señores de horca y cuchillo que iban a poblar las tierras arrancadas a

por Diego Abad de Santillán

los moros, y en la defensa de esos privilegios, los conventos, monasterios, obispos y cabildos eclesiásticos no se mostraban menos celosos que los amos seglares.

En el siglo XI, los vecinos de Sahagún, en el reino de León, se organizaron en hermandad a consecuencia de los privilegios que disfrutaban los frailes del monasterio; entraron en la villa, no solamente los nobles y los ricos, sino también personas de condición humilde, como sastres, curtidores, pellejeros, zapateros, etcétera; talaron los bosques del monasterio y destruyeron todo lo que hallaron a su paso; los monjes tuvieron que encerrarse y ocultarse de sus perseguidores. Los vecinos los obligaron a firmar una nueva carta de fueros; pero una vez pasadas aquellas jornadas de pánico, los frailes volvieron a reclamar sus privilegios; eso hizo que las luchas sociales durasen en Sahagún hasta el siglo XIV, hasta que los vecinos lograron que les reconocieran las liberalizaciones políticas y civiles reclamadas.

Por la misma época, el pueblo de Santiago de Compostela asedió y maltrató a la reina doña Urraca en una iglesia y el bravo obispo Gémírez se salvó con la fuga del castigo a que se le hubiese sometido a pesar de su investidura. En Tuv tuvo lugar una rebelión contra los desaguisados del obispo y del cabildo, y los curas tuvieron que esconderse, dice un cronista, como ratas, detrás de los altares para escapar a las iras populares.

En defensa de su dignidad ultrajada y del derecho a la vida, el pueblo campesino y los menestrales de las ciudades hacían frente, llegado el caso, tanto a los señores laicos como a los señores

eclesiásticos y al mismo poder real. En Castrojeriz hubo una reacción violenta contra los agentes reales y las exalimitaciones y abusos que su presencia representaba; en Agreda, Paredes de Navas y otras villas se dió muerte a los señores que los monarcas querían imponerles; en tiempos de Alfonso XI hubo rebelión de labradores y gentes del pueblo contra los señores feudales y dieron muerte a muchos caballeros y personas principales; en el reinado de Juan II, El Ferrol se sublevó contra el señor feudal Nuño Freire de Andrade y lo despojó de sus bienes después de haber pedido vanamente justicia al rey contra los desafueros y exacciones de ese señor.

En el siglo XV hubo una huelga de los obreros de la huerta de Valencia contra los abusos y violencias por que eran objeto los labradores por parte de las clases aristocráticas. La rebelión de las germanías no fué una floración espontánea y sin antecedentes, como se ven por esa referencia.

A fines del siglo XV se produjo la insurrección de los «hermandiños» gallegos contra un incalificable rosario de abusos, de vejaciones y de expoliaciones. Los pobres tenían que contribuir con su trabajo y sus herramientas a la construcción de las fortalezas y castillos y una vez levantados éstos se convertían en su azote constante; se los maltrataba caprichosamente y se los obligaba a pagar toda suerte de tributos por pasar cerca de esos lugares fortificados. La fortaleza que se había levantado con el aporte forzoso del pueblo, supuestamente para su defensa, se convirtió en un refugio seguro del señor feudal para robar y vejar a los pobladores de

la comarca, sus vasallos. ¡Abajo las fortalezas!, fué el grito de rebelión de los campesinos gallegos, cuya paciencia llegó a terminarse, y en un impulso incontenible demolieron castillos y nidos feudales y recorrieron victoriosos desde Ortegá al Miño y desde Finisterre hasta Cebrero. Muchos aristócratas quedaron arruinados y pagaron caramente su soberbia.

Como los hermandiños se sublevaron los «payeses de remensa» en Cataluña y los forenses en Las Baleares. Los payeses eran propiamente esclavos; no podían salir de la tierra sin previo rescate y sin el consentimiento del señor; les estaba prohibida la venta de sus inmuebles; el señor podía obligar a la mujer del remensa y a sus hijas a servir en su casa; percibía un derecho si la mujer del remensa era declarada adúltera; heredaba la tercera parte o la mitad de los bienes del vasallo que moría sin testar; heredaba a los que morían sin hijos; tenía derecho de pernada o de *prima nocte*. Los payeses reclamaron en vano contra los abusos de que eran víctimas por parte de los señores laicos y de los religiosos; los conventos y monasterios competían con los castillos en depravación, licencias y privilegios. Los payeses buscaron en los textos religiosos el fundamento de sus reclamaciones y proclamaron que la tierra era de todos; se difundió una corriente favorable a la comunidad de la tierra por montañas y ciudades. La reina Juana Enríquez favoreció a los payeses para tener así un partido propio contra Juan II de Aragón; la diputación de Barcelona, en lucha contra las ingerencias del poder real, trató también de atraerse a los payeses, hasta que la sentencia arbitral de Fernando el Católico en 1486 puso término a un conflicto que había durado sesenta y cuatro años. Eduardo de Hinojosa resume así la insurrección de los naveses de remensa: «El obrero del campo, más sobrio, más sufrido, más vigoroso, más enérgico que el de las ciudades, más tarde en rebelarse a causa de su sujeción tradicional y hereditaria y de la atmósfera de respeto hacia el señor en que vive, es más tenaz e implacante cuando, agotados los términos de la paciencia, se lanza a la rebelión armada. Los naveses habían agotado los términos de su paciencia legal, habían esperado, habían sufrido decenios, se habían impuesto estérilmente, para redimir los malos usos, sacrificios pecuniarios considerables, llevaban casi un siglo de aguardar. La guerra social de los remensas no surgió solamente de cerebros acalorados por ideas religiosas y políti-



LOS AFRANCESADOS

por F. Puig Espert

● Viene del nº 70 ●

COMO hemos visto, la mujer estuvo ausente en esta verdadera cruzada de la cultura precursora de la Guerra de la Independencia, justificando, si cabe, que era necesario un cambio completo en el lamentable estado del desgraciado pueblo español.

Un periodista de Barcelona escribe en 1792 que de 100 personas, 95 forman el público, no llegando a 3 por 100 los lectores, añadiendo: «Quiero decir que de 100 personas, apenas 3 leen para instruirse».

Son un puñado de hombres, en suma, los que hacen la historia; pero su calidad suple el número. Son los ministros y consejeros de Carlos III y Carlos IV, los Campomanes, los Floridablanca, los Cabarrús, los Aranda...; son los escritores como Cadalso, Meléndez Valdés, Jovellanos...; los sabios como Covarrillas, los economistas como Capmany, Asso, y Olavide.

La censura es tan brutal y estrecha que Cadalso, después de re-

cordar la persecución y encarcelamiento de Fray Luis de León, o sea decir lo que sigue: «El peligro es tan cierto... que el español que publica hoy sus propias obras las escribe con una prudencia extrema y tiembla cuando llega la hora de imprimirlas.»

La historia de España está poco expurgada de las tradicionales leyendas fabricadas por los cronistas medievales y mantenidas y aumentadas por la piedad popular. La batalla de Covadonga, de la que no hablan los cronistas árabes de la época, cronistas que nunca ocultan sus propias derrotas, es una de ellas; el tributo famoso de las 100 doncellas durante los reinados de Aurelio, Sila, Mauregato y Bermudo I el Diácono, in-

Las luchas del pueblo español

cas, si bien éstas juegan su papel, como en Francia, Inglaterra y Alemania; ni bajo la impresión de violencias mayores y momentáneas, como en Galicia y Aragón. Los actos de violencia ejercidos por los señores, referidos por los síndicos de los payeses en sus juntas generales, y transmitidos luego por los que en ellas tomaban parte a las comarcas que representaban, donde correrían de boca en boca, exagerados a veces, contribuirían sin duda a enardecer más los ánimos, a empeñarlos más y más en la lucha emprendida y a avivar y arraigar entre ellos el sentimiento de la solidaridad. (El régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña durante la Edad Media, Madrid, 1905).

Gracias a esas luchas tenaces, los labradores catalanes, como reconoce Hinojosa, se encontraron en posesión de la libertad personal que, en España misma, no habían de lograr los aragoneses hasta el siglo XVIII y grandes masas de la población rural de otros Estados de Europa hasta la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX.

La insurrección de los campesinos mallorquines tuvo su origen en la concentración de la propiedad rural en pocas manos y en los pesados tributos impuestos a los pobres. Un fraile dominico, Juan Tey, predicó violentamente contra los ricos y un labrador de Manacor se puso al frente de la insurrección; después de saquear algunas posesiones rurales, ayudados por los obreros de Palma, atacaron con brío a esta ciudad, pero no lograron sus objetivos y fueron vencidos.

Una de las tantas rebeliones andaluzas contra los tiranuelos locales, fué la de Fuenteovejuna, en la provincia de Córdoba, en abril de 1476, contra el comendador de la Orden de Calatrava, Hernán Gómez de Guzmán. La historia registró el hecho y el episodio fué utilizado por Lope de Vega para una de sus grandes obras. Fuenteovejuna había sido dada en merced por Enrique IV a la Orden de Calatrava, aunque en vista de las protestas el propio Enrique IV anuló la merced. Fernán Gómez de Guzmán se posesionó de la población y de sus tierras en 1463, levantó la horca en el campo y la picota en la ciudad. Entró en Fuenteovejuna como en país conquistado, aumentó los tributos, despojó de sus bienes a los vecinos; con cualquier pretexto les tomaba por la fuerza sus hijas y sus mujeres y procedía en todo como un tirano sin más ley que su capricho. Los pobladores se conjuraron y se levantaron en armas contra el comendador y sus abusos, le dieron muerte y convinieron en no delatar a nadie a pesar de cualquier martirio a que fuesen sometidos. Ese sentido de solidaridad, tan bien comprendido por el pueblo español, hizo que los moradores soportasen tormentos e interrogatorios ante el juez instructor que envió el rey para conocer los hechos y castigar ejemplarmente a los culpables. Nadie quiso confesar lo que sabía y todos, incluso mujeres y mancebos, al ser sometidos a tormento, como era usual entonces, cuando se preguntaba quién había dado muerte al comendador, respondían invariablemente: F u e n t e o v e j u n a .

ventado sobre el hecho cierto de la solicitud de mujeres cristianas para unirse con los árabes, desprovistos de ellas en los primeros tiempos de la Reconquista y que acudían, no por centenares sino por miles los hogares visigodos donde ya no existía la virilidad de antaño... etc., etc.

Cadalso se burla de la pretendida batalla de Clavijo, ganada por el Apóstol Santiago, diciendo: «Si el cielo hubiera querido librar a España del yugo africano, ¿hubiera tenido necesidad de las fuerzas humanas, de la presencia efectiva del Apóstol y menos aún de su caballo blanco para derrotar al ejército moro? El que lo ha creado todo de la nada por medio de sencillas palabras y por su única voluntad, ¿hubiera tenido necesidad de una cosa tan material como la espada? Le hubiera bastado decir: «QUE LOS MOROS HUYAN, Y LOS MOROS HUBIERAN HUIDO.»

Mientras el pueblo español del siglo XVIII espera su salvación en los prodigios, la España ilustrada tiene fe en la cultura. En la mayor parte de los casos, la llamada vocación religiosa es la consecuencia de la imposición. De aquí tantos desengaños y tantas exclaustaciones. Tratando de la vocación religiosa de las mujeres, la ya mencionada doña Josefa Amar, medita gravemente sobre este importante problema. «Es difícil — dice — encontrar una vocación «pura», sobre todo si las jóvenes solteras han sido educadas en el convento. Será necesario, pues, cuando una muchacha soltera que no ha vivido sino en el claustro e insiste en tomar el hábito, que se la haga vivir con sus padres sin que éstos le ha-

blen de su vocación, todo lo contrario, demostrando indiferencia respecto a tal asunto. Convendrá hablarle razonablemente, y si ella persevera, autorizarla entonces en que entre en la orden. Pero si se trata de jóvenes que a causa de disgustos particulares quieren tomar el hábito, será preciso ser mucho más prudentes. Además — termina diciendo doña Josefa Amar — lo que conviene a la religión y a las mismas que entran en el claustro, ya no es que éstas sean numerosas, sino que sean perfectas.»

He aquí, pues, un extracto de lo que pienso publicar en su día, «in extenso», si tengo tiempo para ello y... mimbres.

En resumen, mi verdad es ésta: Los titulados afrancesados, y que fueron en gran número, ya que cuento entre ellos no solamente los que salieron de España sino los que se quedaron en ella, arriesgando sus vidas o disimulando para mejor actuar en su misión cultural, no acunaron en sus almas el pretendido antipatriotismo que les colgaron como secuela de su proceder los patriotas a la violeta. Los titulados afrancesados vieron en Napoleón, no un conquistador ambicioso, sino un hombre que, detrás de sus bayonetas llevaba la antorcha de la cultura de la que estaba falta su patria.

Nosotros, los desterrados a priori desde hace 20 años, no somos menos afrancesados en el presente siglo, que aquellos que lo fueron en el pasado.

¿Quién sabe si yo, nosotros todos, no hubiéramos formado parte también en las filas de aquella emigración, obligados por circunstancias más o menos parecidas a las presentes! ● Fin ●

ALBERTO CAMUS

VICTIMA de una desgracia automovilística pereció el día 6 de enero nuestro estimado amigo y colaborador Alberto Camus, premio Nobel de la Literatura del año 1957. Como a todo el mundo libre y sensible, la desgracia nos dejó anonadados. Una existencia joven, y además exuberante en salud e inteligencia, cuesta de concebir que baldiamente se pierda. Lógicamente el hombre de provecho no debería ingresar tan prontamente en la nada cuando muchos nada permanecen de pie en gracia a sus pies desmesurados más que por erectitud de carácter.

Estábamos acostumbrados a la amistad literaria y un poco a la presencia física de Camus, y su desaparición nos abre un vacío. Necesitábamos, en refugiados, en españoles errantes, el calor de ese Alberto, añadido al de los Henri Torrès, Cassou, Bataillon, Sarrailh, y muchos más amigos comprensivos de la España y de las inquietudes progresistas de los españoles; necesitábamos, en manuales de la obra literaria que es este Supplemento, el recurso de Camus para un consejo, para una cuartilla —discreta y jugosa como todas las suyas—, para un prestigioso acodo de nuestra causa.

Y Camus ya no existe y hay que resignarse, aunque sea difícil. Lo decimos sin fanatismo, no subordinados a ningún hombre ni a obra de hombre. En Camus estimamos —no, estimábamos!— al ser sensible, pensador y libre, creyendo empero que su obra queda truncada, incumplida. Como García Lorca, había llegado a la madurez, y como a García Lorca, la fatalidad le ha privado de la vida, privándonos a los restantes del mejor fruto de su bien dotada inteligencia.





La Pantalla

«El último cuplé»

ESTA producción, muy conocida en nuestra tierra, actualmente da la vuelta por las pantallas francesas. Nosotros la hemos visto en uno de los muchos cines del París bulevardeero. Alma de esta película lo es una celebrada estrella de la canción, Sarita Montiel.

Se trata de una realización para gustos fáciles; de una golosina para paladares infantiles. Técnica-mente la compaginación del argumento es absurda. La vida de una mujer, de una artista, basada en recortes, en un tejido de cuplés, resultando un monigote sólo soportable por la gracia natural de la artista que encarna tan estafalario personaje. Aunque comprendemos lo difícil del arte de engarzar una vida de persona al desarrollo sincopado de una docena de cuplés, nos queda el derecho de pensar que el realizador de tal atrevimiento cinematográfico, debía poner un mucho más de ingenio en la vertebración de la pieza, que mejor concebida podía resultar única en su género.

No transigimos con la falsedad de unas situaciones dependientes de una canción cuyo contenido letrista a veces hay que arrojar a la faz del personaje descrito, pues, según la tonadilla en inicio, el espectador advertido ya sabe quién cargará con la amorosilla o la nerviosidad del ripio que va a tomar auge. Y ripio decimos por convencimiento de que el antiguo

cuplé difícilmente se libra de la nota y del dicho cursilones, pegadizos, empalagosos. Y «El último cuplé», con toda la buena intención que alienta, no logra sino meternos en nostalgia del género chico, de la zarzuela, con personajes y escenas como escapados de «La Gran Vía» y de «La Verbena de la Paloma». Si el realizador hubiese desviado hacia esos andurriales anteriores a la canción floja, ramplona (ponemos por caso el risible «Tápame, tápame») tal vez hubiese encontrado un filón de oro de lev que le hubiese obligado a cambiar idea y título del film propuesto, con lo que todos hubiéramos resultado gananciosos.

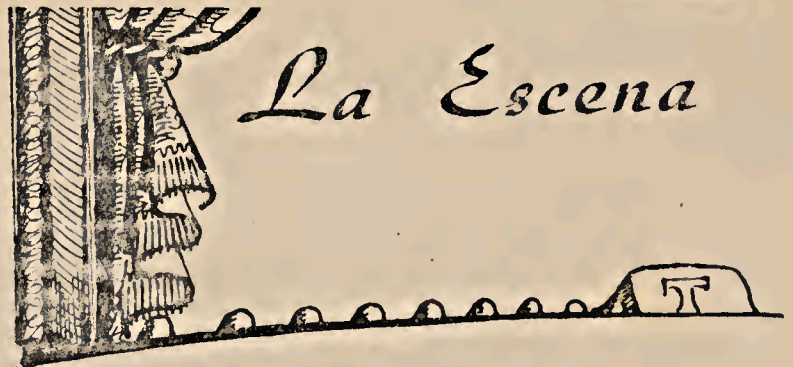
Lo que choca de «El último cuplé» es el reverdecimiento de la edad floral perdida... y esa moral de cabaret permitida por la censura eclesiástica; en suma, la vida carnicosa o pasional de las artistas, bien reflejada, si no con todo detalle, con escenas lo suficientemente claras para avergonzar moigatos públicos, esos que son los entes más descocados a puerta cerrada.

Aquí llegados, una pregunta: Cuando la protagonista marcha a Francia para olvidar en el vicio, ¿qué época concreta? Porque, señores nuestros, la historia está siempre presente en nuestros actos y en nuestros deambulares; así de concreto para sacarle de relieve a un año particularmente trágico para los españoles: 1939, en cuyo octubre, espantada por la guerra extranjera, «María Lunán», la que quería morir olvidada y mancillada en los barrios bajos de París, toma tren para su patria, que encuentra espléndida en Barcelona (vista aérea del puerto, Colón y las Ramblas) y Madrid, con sus rascacielos «v» levantados, con teatros y cabarets en pleno auge, en 1939, cuando toda España respiraba tragedia, pánico, aliento de muerte, en que toda España destacaba por sus montones de ruinas, en los días en que la venganza de los triunfadores ensanchaba los cementerios como manchas de aceite! El cuplé baratero, claro, no se ocupa de la España angustiada y trágica, evaluando, por contrapartida, la frivolidad cancionista. El ambiente manolero y taurino, terminando todo con la muerte del cuplé y de la cupletera, y con el dolor del anunciante de la frivolidad perdida, que, desgraciadamente, compases hojalateros e hipnóticos de neeros han sucedido con temible fortuna... F.



GERARD PHILPE

Actor de teatro y de cine francés fallecido en noviembre de 1959 a la edad de 39 años. Corneille, Racine, Molière tuvieron en él un intérprete admirable. En cine intervino en las películas «Fanfan la Tulipe», «Las maniobras del amor», «Ronda», «Rojo y Negro», «El idiota» (de Dostoyewsky) y «Las relaciones peligrosas» entre otras. La desaparición de Gerardo Philipe se consideró como una grave pérdida para el arte escénico y cinematográfico mundial.



La Escena

«Los fantasmas de mi cerebro»

BARCELONA. «Fantasmas» del novelista Gironella que a Manegat le plugo trasladar al teatro. La razón de un hombre vacila, los médicos intervienen, los fantasmas danzan en el recinto de un cerebro para abocar en eso ya desacreditado por sucesivas guerras y que dimos en llamar «angustia vital». Eso, y nada más que eso, es lo que se desarrolló con aplausos en la escena del Comedia.

Otro estreno del Comedia lo ha sido «Melocotón en almibar», comedia de Miguel Mihura concebida para hacer reír con sátiras e ingenios rodeando a una monja coqueta que, por serlo, sabe capear situaciones.

En el Guimerá tuvimos «Chalet de los chalaos», edificado con absurdidades y equívocos de justificación difícil. Cabe aceptar cualquier dislate como premisa para reír la ficción de José María Iglecias a mandíbula batiente. Ante la frecuencia de risoteros, mirando a candilejas y a butacas uno supone donde radican los «chalaos».

En el Barcelona vimos «La mujer de tu prójimo», de Vazary y Tejedor. El húngaro puso la trama y el catalán la gama... de comicidades, buenas, tolerables o incómodas con las cuales envolver a Lili Murati, la cual se desenvuelve, desarrolla y... desenrolla, y justifica con su arte una comedia que sin ella — Lili — no tendría razón de ser.

Apolo da revista «A media noche», y a veces por la tarde. Para el libreto Jiménez y Allén han adoptado el príncipe tímido que termina desvergonzándose ante procaces niñas de conjunto parisino. El diálogo — forzosamente amanerado dada la repetición del tema — emite de vez en cuando alguna chispa. La música — de Laurentis — aceptablemente vulgarcilla, como respondiendo al desagrado artístico de los tiempos.

Otra revista véase en el Calderón, al que título arrastra: «Ven y ven», reminiscencia de la antigua canción mejicana. Una sucesión de cuadros coloridos — luz y pintura — con músicas de trote o dengosa, según sucesiones. En suma: marco en el que una frivola deliciosa, Conchita Velasco, puede exhibir caudales de gracia y belleza.

En Candilejas Rafael Bertrand nos ha presentado — por intermedio de Esteban Polls — «El tren de Liverpool» con una solterona dentro voceando amarguras de

mujer obviada por el amor, y por tanto reseca y resentida, máxime hallándose ante la procacidad triunfante de dos jóvenes y guapas compañeras de viaje. El drama íntimo que no agrada ver, amigo Bertrand; un tema que puede interesar, pero tratable por el nuevo Dostoiéwsky que aún no ha nacido.

«Una jovencita de 800 años» la presentan José Muñoz Romás libretista, y Moraleda y Cofiner, músicos, en el Victoria. Tema bíblico por el origen (después de la Biblia la persona, por regla general, no vive más de 70 años), redacción excesiva, recortable, y aires de fiesta mayor, de los que se extinguen una vez puesta bengala verde en el andamiaje para fuegos de artificio — ¡ay! — ya apagados. No obstante, es probable que la obra se mantenga en cartel durante un trimestre.

En Talía estrenóse «La huérfana de Dos Hermanas», obra de autores modestos, pero creyentes en sí mismos y en el género expresado en partes, como las antiguas películas. La «huérfana» y las «dos hermanas» dan lugar a inocencias y a situaciones grotescas no siempre aptas para el paladar del público de más acá del medio siglo. En esta nonada tiene el acierto de lucirse el actor Juanito Navarro tratando de revivir el personaje clásico del sainete madrileño.

En el Liceo ha habido reposición de «La Dolores» de Bretón con estimable acierto, y en Madrid se adulteró — en la Zarzuela — la obra de Vives, «Bohemios», ampliándola literariamente y musicalmente con añadiduras de López Rubio y del maestro Ferrer, lográndose con ello una obra de «gran espectáculo» y de pequeña dimensión artístico-emotiva, dado que nunca segundas partes fueron buenas. Con el talento que López Rubio y Ferrer poseen, bien podían habernos ofrecido una obra de creación propia en lugar de aderezar una pieza agradada por su propia salsa. — C.

MESA REVUELTA



Lo que se cuenta.
El anciano es interrogado por el periodista:

P. — Para llegar a su edad habrá observado costumbres morigeradas. Por ejemplo, habrá catado poco vino...

A. — Mis dos litrillos por día.

P. — Pero mujeres...

A. — Cuantas se han terciado.

P. — De todas maneras habrá retirado temprano.

A. — A las 2 o a las 3 de cada madrugada.

P. — Asombrosa, pues, la longevidad suya. ¿Cuál es su edad ahora?

A. — Veinticinco años.



Por conducir en estado de embriaguez le fué retirado por un tiempo el permiso de automovilista al jefe de policía de la circulación rodada de Copenhague.



Volviendo al caso Pasternak, exilado previsto del que Eisenhower se ocupó excesivamente, un periodista neoyorkino recuerda que el exilio de Charlie Chaplin en Europa al presidente no le ha preocupado lo más mínimo.



Deducción de un niño que ha asistido por primera vez a una sesión de danza clásica:

— Si las bailarinas fuesen más altas no tendrían necesidad de bailar sobre las puntas de los pies.



«Los injusticleros no perdonan nunca a las víctimas de la injusticia.»

Por donde aparece el espectro de Ferrer Guardia.

LIBROS * LIBROS * LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFIAS
POESIA

Adquirirlos en «SOLI», 24, rue Ste. Marthe, Paris (X^o), es ayudar al Suplemento.

Biblioteca de «SOLI»

A 500 francos volumen

- Geiger, «Nuevos cuentos judíos».
Hamsun, «Fatalidad».
Tolstoi, «El cadáver viviente».
Anatole France, «Los deseos de Juan Servien».
Chejov, Retrato de un desconocido».
Henri Ardel, «La aventura imprudente».
Ludwig, «Genio y carácter».
Wells, «En el país de los ciegos».
Baudelaire, «Pequeños poemas en prosa».
Andreief, «Judas Iscariote».
Chejov, «El misterio de las almas».
Balzac, «El cura de Tours».
Hamsun, «Misterio».
Dostoiewski, «Netochka».
Quincey, «Las confesiones de un fumador de opio».
Panait Istrati, «Kyra Kyralina».
Turguenef, «Nido de hidalgos».
Gogol, «Taras Bulba».
Maeterlinck, «La araña de vidrio».
- Barclay, «La castellana de Shenstone».
Pedro Mata, «Corazones sin rumbo».
Zamacois, «El seductor».
Ludwig, «Julio 1914».
Henri Bordeaux, «El amor que huye».
Pedro Mata, «La muchacha del Ideal Rosales».
Flammarion, «Los mundos reales».
Dostoiewski, «El jugador».
Dickens, «Las campanas».
Dickens, «El grillo del hogar».
Pedro Mata, «Las personas decentes».
Stefan Zweig, «Tres maestros».
Schopenhauer, «El amor, las mujeres y la muerte».
Anatole France, «Maniquí de mimbres».
Bpoersen, «Mary».
- Pedidos a Roque LLOP
24, rue Ste-Marthe
Paris (X^o)
CCP 1350756, Paris



CONOCIMIENTO DEL MUNDO
Libros de geografía y viajes en «SOLI»

NOTICIARIO

Del concierto dado por la Orquesta Filarmónica de Barcelona en el Palacio de la Música Catalana, ha formado parte el poema de Federico García Lorca «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías», musicado por Mauricio Ohana.

En Madrid se ha venido en la cuenta de que el pintor Diego Velázquez falleció el día 6 de agosto de 1660 abrumado por las derrotas sufridas por el ejército español en los montes Pirineos. Por consiguiente, en día como tal de este año será conmemorado el tricentenario del fallecimiento del gran artista.

En los cines de España, se viene proyectando «Porte de Lilas», versión española, película en la que intervienen Brasseur, Brassens y R. Carrel bajo la dirección de René Clair.

Signo de los tiempos. Unos jesuitas misioneros españoles para apoyar su gestión en tierras asiáticas (en este caso el Japón) se han llevado consigo un grupo de bailarinas, guitarristas y cantadores del género flamenquista.

Sufragará los gastos el Estado.

La llamada Plaza Real de Barcelona ha cumplido cien años. Ocupa el solar de un antiguo convento de capuchinos, derribado por el oleaje liberal del siglo XIX. Las Ramblas barcelonesas, tan típicas, antaño estaban afeadas por numerosos caserones religiosos, que tal lo eran el actual Teatro del Liceo, el Hotel Oriente, la Plaza en cuestión, aparte la iglesia de Belén, las próximas de San Agustín, del Pino, la de Santa Madrona (derruida en 1936), etcétera.

El músico valenciano Manuel Palau ha sido galardonado con el «Premio Nicolau» por su poema coral a voces mixtas «Cançó d'hivern». La letra es del poeta mallorquín Guillem Colom, y la entidad patrocinadora el «Orfeo Català».

A la revista «Cénit» de Toulouse se le sigue un proceso por haber publicado una poesía en la que se aludía, sin nombrarlo y sin estima, al jefe del Estado español.

Organizado por la Casa de los Tiros (nombre más antiestético no puede darse), se celebró en Granada un acto en memoria del literato Washington Irving, autor de «Los cuentos de la Alhambra».

REPOSICION DE LINEA
Suplemento extraordinario, artículo «¿Qué hacer?», de Liberto Sarrau, página 35, col. 2, lin. 47 (saltada) cortando expresión, que se restablece:

«los principios pedagógicos racionales y científicos que encarnan van a disputarles al oscurantismo castrador sus víctimas propiciatorias...»



Ferràn Callicó, artista

ALGUN día habíamos de ocuparnos de este artista amigo nuestro, colaborador gracioso en este Suplemento Literario bandera de brava cultura plantada en el corazón del exilio, de nuestro exilio. Errante cual todos nosotros, tal vez algo más que nosotros por su condición de peregrino del arte, Callicó no sabe descender del tren de París sin venir a vernos.

Conocimos a Callicó en la vetusta imprenta de la calle Saulnier, caserón con pared medianera con el Folies Bergère, estando de regente de la misma Juan Durán, catalán como el artista que nos ocupa... y como el que se ocupa (¿porqué abundamos tantos los catalanes con proceder de un país geográficamente reducido?). El dueño, un donostiarra de la familia Picavea, señor en trato y costumbres, era en aquel tiempo uno que disonaba, en cuanto a procedencia, del resto del personal de la casa casi tan catalán como los tres individuos referidos. Más tarde entraron un andaluz, un madrileño, un otro que tal y en buena hora. Un judío, teclante de ardor en la «lino», terminó reclamándose «caballero hispano» por reminiscencias sefardies en la sangre. Todo es posible. Pero fué caso de que tal ambiente se diluyera, abatiera como espectáculo del Folies ya desconsiderado de los americanos, aunque poco visto — es costumbre — por los parisinos. Los días pasan y las necesidades de los hombres cambian, de suerte que los accidentalmente agrupados pero formando cordial pelota, insensiblemente nos vamos separando hasta quedar enteramente alejados unos de otros. De un Roldán — niño travieso en sus treinta años — queda la nota triste de su muerte en Madrid; de Picavea persiste la oportunidad de encontrarlo en su inevitable distrito noveno; Sorrozal anda submergido en este París inmenso; Milla atravesó el Atlántico; Cohen se avieja sobre «lino» en lugar ignorado; Bejar levantó ancla para recalar en lugar más tranquilo, menos hosco, y los demás — el cajista Bonet entre ellos — se han ido acomodando o haciéndose lá ilusión de que se acomodan, en cualquier rincón del mundo.

Callicó, que acudía a «la Saulnier» para imprimir sus monos de arte — que exigía de Durán impecablemente impresos, y cuya superioridad de artista el impresor perfecto que era Juan no admitía de ninguna manera — ha vuelto a descender a París él sabe después de cuántas evoluciones. A su arte cabal, de entraña clasicista, une su inquietud, que, como todo barcelonés reconocido,

la tiene ora práctica, ora desorbitada. Con sus proyectos de rehabilitación político-colectiva, se fragua un paso en lugares al parecer cerrojados, pero que él consigue forzar con gracia artística más que con simples retóricas. Nadie como Callicó sabe regresar con un bagaje de firmas de grandes notabilidades, personajes a la moda mundial o europea, de sus excursiones por el centro y la periferia del viejo continente. Y es que el arte, sin ser ganzúa, puede ser llave de oro. O recurso hábil que Callicó, en su ilusión de libertad, interpreta artillugio para ablandar corazones de pedernal que — ¡ay! — nunca se desmienten.

La ilusión es bella, pero las cosas quedan lo mismo, en cuyo caso nada puede reprocharse el artista. Su anhelo ha sido humano, incluso sedoso, como sus lienzos, que dan figuras más que verdaderas. Lo contrario de las gestiones pacifistas. El daño peor lo reciben los sátrapas modernos, mal-

vados de la democracia. Aherrojados que somos, arrojados por ahí «como una colilla», disponemos sin embargo de artistas así que nos honran. Unos se atascan en la línea de capricho, exótica y por lo mismo vulnerable. Incluso en pintura hay que seguir la moda, como en las ropas, como en los muebles. Otros fluctúan entre el impresionismo y el cubismo, quedando por bien o por mal inclasificables. Callicó está por el trazo serio, por la panorámica y el retrato estilizados, realistas. Razón, tiene la suya, quizás de más quilates que la ajena. A Lamolla, por ejemplo, casi en fuga de la escuela subjetiva, le lloran ya emoción los paisajes y las naturas muertas. En cambio Callicó sigue recto su inicial camino de arte directo en lugar de afán reflejado. De su anhelo juvenil de Barcelona no ha cambiado nada, no ha transgido un ápice, empujándose siempre para superar la idea primitiva. Sin deseo de seguir las trazas de nadie, acérrimamente personalista

(descoco que en el predio del Arte puede ser permitido), se le ve pregonar su menosprecio por la voga picassiana, cuando suman millares los pintores que codician el espaldarazo del brujo de Vallauris.

Su última visita a Francia desde Bélgica, Callicó la marca con una exposición muy conseguida y excelentemente apreciada en Saint-Etienne, cuya Galerie Plaine ha ennoblecido con un derroche de producciones al óleo, al pastel, junto con algunos carbones, cimentando su especialidad en retratos de esplendor sosegado, y demostrando su pericia, su maestría en el trato del paisaje, su poder para el clarooscuro y la plasmación de luces y sombras en asuntos castilleros (medievales) y en preocupaciones urbanas y también florales, puesto que en su paleta radica toda la gama del colorido y toda la graciosa sencillez de los objetos frágiles de la Naturaleza.

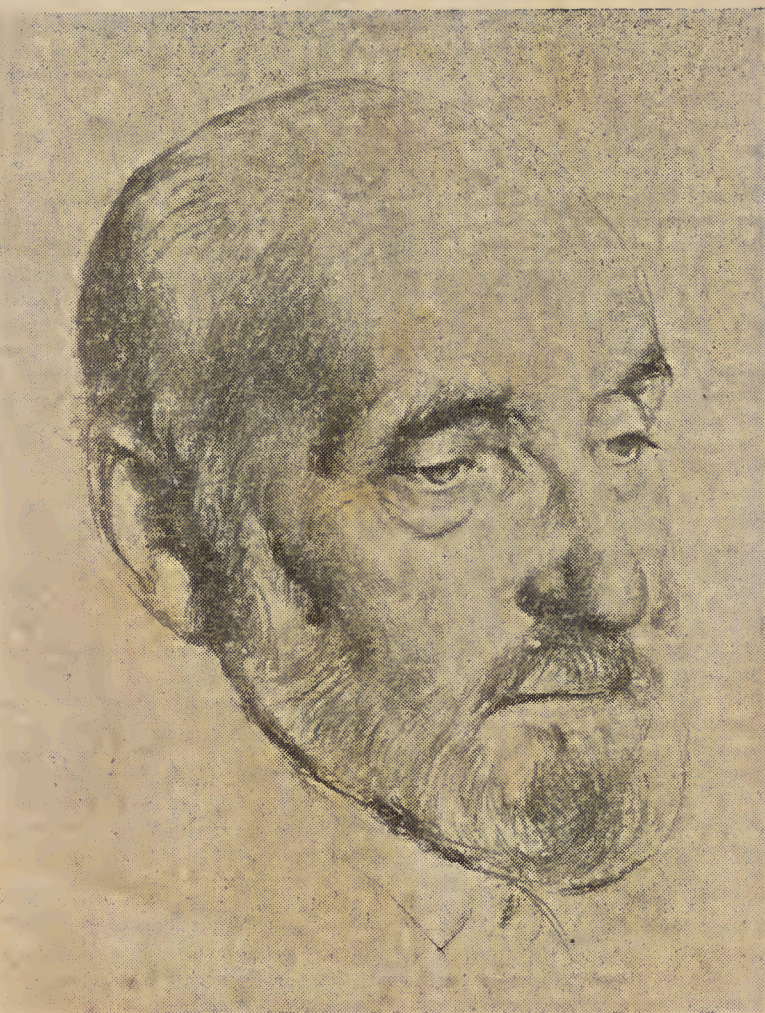
«De hecho — dice la prensa de esa población francesa — este diablo de hombre puede aguantar la apuesta de ser apreciado en casi todos los géneros. Prendidos en la punta de su pincel como en algún asalto de esgrima, sus verdes e indolentes paisajes son tratados con la misma espontaneidad de trazo, la misma virtuosidad y la misma sensualidad empapada de ternura que sus retratos.»

A este efecto nos place recordar el regalo que Callicó nos hizo de unos originales representando fidelísimamente a José Ortega y Gasset y a Pérez de Ayala en edad recia, y el de Ramón y Cajal que hoy tenemos el gusto de reproducir para nuestros estimados lectores. Visión y pulso seguro campan visiblemente por todo en estas figuras, siendo aún más de notar el regalo de un Federico García Lorca reintegrado a su verídica naturaleza después de haber sido desnaturalizado por una pléyade de aficionados indudablemente bien intencionados, más con lápiz vacilante. Ese «García Lorca» firmado Callicó lo hemos dado en el Suplemento en notables proporciones o estrechado en el molde de una columna, pero quedando siempre inmanencia de lo animico lorquiano y de la maestría interpretativa de este Ferràn amigo.

De Saint-Etienne este pintor errante habrá ido a Bruselas con su rico bagaje de telas para después llegarse a Burdeos, donde proseguir su tanda de exposiciones.

Esperemos el tiempo de sosiego deseado para comentar — ¿en Llívia? — el resultado adverso y favorable a ratos de nuestra interesante odisea colectiva, en política, en arte y revolucionarismos.

JOAN DEL PI



Santiago Ramón y Cajal, pensador e histólogo de fama universal.

